



Carlos Sosa Osorio

TOCADOS POR LA LUNA



PUBLICACIONES
VICERRECTORADO ACADÉMICO

TOCADOS POR LA LUNA

Carlos Sosa Osorio

TOCADOS POR LA LUNA



PUBLICACIONES
VICERRECTORADO ACADÉMICO

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
Autoridades Universitarias

- *Rector*
Léster Rodríguez Herrera
- *Vicerrector Académico*
Humberto Ruiz Calderón
- *Vicerrector Administrativo*
Mario Bonucci Rossini
- *Secretaria*
Nancy Rivas de Prado

PUBLICACIONES
VICERRECTORADO
ACADÉMICO

- *Director*
Humberto Ruiz Calderón
- *Coordinación editorial*
Luis Ricardo Dávila
- *Asistencia editorial*
Yelliza A. García A.
- *Consejo editorial*
Tomás Bandes
Asdrúbal Baptista
Rafael Cartay
Mariano Nava
Stella Serrano
Gregory Zambrano

COLECCIÓN Ensayos

- *Comité editorial*
Luis Alfredo Angulo
José Briceño Ruiz
Miguel Montoya
Alberto Villegas

COLECCIÓN Ensayos

Publicaciones
Vicerrectorado
Académico

Tocados por la luna

Primera edición, 2007

- © Universidad de Los Andes
Vicerrectorado Académico
- © Carlos Sosa Osorio

- *Concepto de colección y diseño de portada*
Kataliñ Alava
- *Ilustración de portada*
Lorena Parada Medina
El poder y magia de la luna
- *Corrección*
Freddy Parra Jahn
- *Diseño y diagramación*
Freddy Parra Cepeda
- *Impresión*
Gráficas El Portatítulo, C.A.

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
Depósito Legal: LF 23720078001936
ISBN: 978-980-11-1071-2

Prohibida la reproducción
total o parcial de esta obra
sin la autorización escrita
del autor y el editor

Universidad de Los Andes
Av. 3 Independencia
Edificio Central del Rectorado
Mérida, Venezuela
publicacionesva@ula.ve
[http://viceacademico.ula.ve/
publicacionesva](http://viceacademico.ula.ve/publicacionesva)

- Los trabajos publicados en la
Colección Ensayos
han sido rigurosamente
seleccionados y arbitrados
por especialistas en las
diferentes disciplinas.

Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
Autoridades Universitarias

- *Rector*
Mario Bonucci Rossini
- *Vicerrectora Académica*
Patricia Rosenzweig
- *Vicerrector Administrativo*
Manuel Aranguren Rincón
- *Secretario*
José María Andérez

PUBLICACIONES
VICERRECTORADO
ACADÉMICO

- *Dirección editorial*
Patricia Rosenzweig
- *Coordinación editorial*
Víctor García
- *Coordinación del Consejo editorial*
Roberto Donoso
- *Consejo editorial*
Rosa Amelia Asuaje
Pedro Rivas
Rosalba Linares
Carlos Baptista
Tomasz Suárez Litvin
Ricardo Rafael Contreras
- *Producción editorial*
Yelliza García A.
- *Producción libro electrónico*
Miguel Rodríguez

Primera edición digital 2011

Hecho el depósito de ley

Universidad de Los Andes
Av. 3 Independencia
Edificio Central del Rectorado
Mérida, Venezuela
publicacionesva@ula.ve
publicacionesva@gmail.com
www2.ula.ve/publicacionesacademico

Los trabajos publicados en esta Colección han sido rigurosamente seleccionados y arbitrados por especialistas en las diferentes disciplinas

A Li Po, el gran poeta chino del siglo XVIII, vivo aún en la memoria de la humanidad.

Paseando un día en barco –cuentan–, inclinóse demasiado con intención de abrazar a la luna que reflejaban las límpidas aguas del lago, y pereció ahogado...

A Federico García Lorca, quien no concebía un poema sin la presencia de la luna

A Julio Cortázar, mi amigo

A Jhon Lennon, cuya muerte todavía no supero

A Karlasileny y Adakarleny, mis hijas, mis luminarias

A Valeria Amor



Este es el verdadero rostro de la luna, develado por Leonardo da Vinci.

Lo que yo escribo es puramente un ensayo de mis facultades naturales, y en manera alguna de las que se adquieren; y quien me sorprenda en ignorancia no hará nada que me contraríe, pues ni yo mismo respondería a otro de mi obra que como me respondo a mí mismo. Quien busque ciencia, que la pesque donde esté; de nada hago menos profesión que de eso. Anoto en estos ensayos mis fantasías, y no trato de dar a conocer las cosas, sino a mí mismo... No hay que fijarse en las materias, sino en la manera cómo las trato. Que se vea si en lo que tomo a los demás he acertado a escoger algo con qué realzar o socorrer mi propia invención.

Montaigne.

Ensayos (De los libros)

La fórmula del ensayo –¡qué sencillo parece esto al apuntarlo!– sería la de toda la Literatura; tener algo que decir, decirlo de modo que agite la conciencia y despierte la emoción de los otros hombres, y en lengua tan personal y propia, que ella se bautice a sí misma.

Mariano Picón Salas.

Viejos y nuevos mundos (Y va de ensayo)

PÓRTICO LUNAR

La luna es la primera parada en el abismo

C.S.O

Este ensayo de la luna lo escribí en silencio, como permanece toda ella por la ausencia de atmósfera: no hay nada más callado en las noches que la presencia del astro y el meditar de un escritor. Sus haceres son discretos, quedos. La presencia de la luna se hace manifiesta en el jolgorio de los cuerpos y en la naturaleza; la aparición del artista está en la obra.

Esta obra fue una intuición y luego una inquietud que puso casa en mí, y al darle forma escrita he resuelto este desvelo imaginario. Estuvo haciéndose durante varios años; claro que eso no la hace mejor ni peor. Pienso, sí, que todo libro, más que una escritura apresurada, es un capullo, una crisálida que espera llegar a ser una mariposa tatuada de letras que ama el reflejo de su vuelo en los ojos del lector.

Llamo ensayo a esta composición porque es un intento de reflexionar y escribir libremente mis ideas del misterio que me representa la luna; de la influencia que tiene sobre la naturaleza toda, particularmente en los hacedores de arte, y en los artistas de la vida: esos tocados que aquí trato y a quienes no les pasa inadvertida. Todos estamos tocados por la luna, en tanto que nos corresponde vivir en este planeta sublunar. Todos de alguna manera sentimos su arrullo.

Escribo en estas páginas la interpretación particular que me hago de la luminaria –vale mi intuición y sincronía con ella–, y además, de la vida y obra de algunas figuras significativas de la literatura, el arte y la historia que por sus haceres alguna vez se les llamó lunáticos, maniáticos, extraños, caprichosos, extravagantes, alucinados, excéntricos, luneros o simplemente locos. Creadores que marcan su producción con un ser y un hacer muy propio: intentar develar matices de ese ser y hacer, será la intención que guiará la escritura de estos ensayos, escritos con la libertad, insisto, de quien no pretende demostrar nada; sino más bien centrado en la alusión y la elisión, sugiero, insinúo, hago referencias a la vez que omito y dejo lagunas con la actitud de la obra abierta ante lo que se escribe y se lee. Porque desde un inicio hicimos una lectura virtual, posible; una lectura de los múltiples sentidos de la vida y obras de los seres que aquí citamos, y el resultado son estos escritos que hablan de: Frida Kahlo, Baudelaire, Francisco Rivera “Paquirri”, Armando Reverón, Ernest Hemingway, Salvador Dalí, Jorge Luis Borges, Lewis Carroll, Hölderlin, Jesús, Homero, Truman Capote, Yukio Mishima, Simonetta Cattaneo Vespucci y Marilyn Monroe. Busco, así, escribir un texto más que permita a su vez otras lecturas, para que el lector logre su particular descubrimiento, abra sus legítimos caminos interpretativos, juegue con sus conjeturas, establezca sus verdades; en fin, elabore su propio texto.

Sócrates habló del *daimon*, esa presencia, esa voz que vivía en él, que a ratos guiaba sus haceres y que ha llegado a considerarse como la fuente de su genio creador y de su personalidad tan particular. El filósofo pudo llegar a afirmar que esa presencia extraña o demonio creador, habita en todas las personas de extrema sensibilidad y signa a los que dejan huella en el mundo. Platón se refirió a esto como la locura divina o la locura poética que inspiran las musas, uno de los nombres que recibe la luna. Plutarco igualmente se refirió a la manía de Sócrates y la relacionó con la influencia de la luna.

Desde siempre a los poetas y artistas se les ha considerado seres anormales, venáticos, posesos, por lo extraño de sus conductas y sus obras; obras que, según se dice, les son reveladas cuando están en trance lunar. Es de todos conocido que en latín, *vates*, es

un término común para poeta y vidente: el poeta era inspirado por los dioses, a la vez que era visto como un adivino o un profeta, en parte respetado y temido. Recordemos que la “Santa Inquisición” no enjuiciaba a los orates y a los poetas porque se les consideraba lunáticos y por tanto no responsables de sus actos; asunto que Miguel de Cervantes conocía muy bien, por eso don Quijote y sus otros personajes “locos”, opinan libre y duramente contra el poder y la doble moral establecida...

Fueron los babilonios, como acuciosos observadores del firmamento, quienes relacionaron esos inexplicables comportamientos con la influencia de los astros, particularmente por el influjo de la luna. Efecto que observaron, de manera particular, en los artistas y que los determinaba y predisponía a llevar una vida que tomaba forma oculta o efusiva en sus obras.

Este ensayo, entre otras cosas, es un acto de lenguaje: un encadenamiento de palabras, escritas por un ser encadenado a lo que habla su prójimo. Porque nos vamos abriendo paso en la realidad, acercándonos a lo que es posible conocer, con imágenes, metáforas, hipérboles, símiles, onomatopeyas, interrogaciones. La palabra es ese topo verbal fabuloso que horada el espacio aparentemente vacío que tenemos frente a nosotros. Únicamente con palabras se puede construir un vínculo que casi identifique lo que se piensa con la realidad. El lenguaje es el puente... ¿o es la realidad?... Aunque: “El hombre es siempre superior a las palabras”, nos dijo José Martí. Advierto sí, que el tema que aquí trato es bastante absurdo; porque nada lo es más que escribir de la luna en este tiempo fashion e hiperreal, preñado de cotidianidad tecnológica, imitación de imágenes, anorexia, vacas locas, genomas, mundo light, marcas y estatus, sexo virtual, guerras preventivas, y de risibles “ciencias duras y blandas”...

En mi concepto, el lector debe comprender lo que lee, para mirar el pro y el contra en las palabras del que escribe. Si este escrito, bienvenido lector, le resulta leíble y claro, aunque no comparta los contenidos y las opiniones a veces fantásticas que aquí expreso, estoy compensado.

Escribir es alucinar por las palabras, a ellas, a sus sonidos y matices mágicos uno se debe. Es nombrar el mundo y conformarlo. No en vano, Hölderlin, el gran poeta alemán, aseguraba que el

mundo existe porque lo nombran los poetas. Por eso, estas páginas celebran la luna que existe para mí... confieso que ella me indujo a elogiarla hechizándome con sus encantos y, poseso, seguí sus fases: Creciente, abre el libro y muestra el sentimiento que intenta íntimamente una poética de la luna... Plenilunio, mejor noche para tomar una decisión –dicen– bajo la luna llena, momento de máxima creatividad; ilumina estos quince ensayos en los que pienso la vida y la obra de los citados... Menguante nos deja oír las voces de los tiempos que la nombran de múltiples maneras: cómo vive la luminaria en la memoria colectiva, acercándonos a la mente humana y a la naturaleza... Y, Novilunio, instante de recogimiento, propicio para apreciar la luna y el arte, imágenes que nos causan placer, final del escrito, calma y búsqueda de energía para emprender otras ideas.

PRIMERA PARTE

CRECIENTE

I. LA POÉTICA DE LA LUNA

En recuerdo de aquella niña de la gran ciudad,
que jamás había visto la luna,
porque el bosque de
edificios no se lo permitía...
y una noche la vimos.
C.S.O.

La luna, hermosa compañera nocturna, desaparece del cielo tres noches cada mes, en novilunio. Y como el ave Fénix emerge de su propia muerte para cumplir su palingenesia, ese renacer creciente. El firmamento compensa la ausencia y se cuaja de estrellas festejando el retorno del astro. En esas desapariciones la luna ama al sol en secreto, son hermanos... Él espera su abrazo para calmar tanta pasión, tanto fuego que lo ahoga; ella desea su fogaie para calentarse del frío insoportable. No siendo suficiente, ella toma del sol calor y luz para vivir el resto de los días. Así se celebra la hierogamia, la cópula sagrada de las luminarias.

Selene, –nombre griego de la luna– “la eternamente, regularmente, raptada por el Sol (Helios) y por la Aurora, sus hermanos”, (García Bacca, 1974, p. X), con su andar dio a los humanos la sensación del tiempo. Ella lo consiente, lo mima, lo arrulla; hace de él una cualidad contra la tendencia cuantitativa que se ha impuesto, enumerándolo todo. Habla de su presencia y de la duración a través del cambio, parece ser la misma pero crece, decrece, se anuncia y es plena. Si notamos su ausencia es porque ansiamos su aparición. Imagen brillante: perla esplendente, sugerida, sugerente, que ilumina con su caricia de femenina mirada... ¿Quién se la resiste?

La noche es tolerable porque sabemos de la luna y las estrellas. Los humanos no soportaríamos una perpetua oscuridad; así la luna es *dux*, guía, faro que nos conduce en la esperanza del día y el destino. Cuentan que la luna se enamoró de Nix, Noche de negras alas, y pidió vivir con ella; el deseo le fue concedido, siempre y cuando los racionales sufrieran las vicisitudes nocturnas. Quizá por ello a los espíritus malignos les complace la noche, se enseñorean en ella engendrando las sombras, y hacen ladrar a los perros que tratan de impedir el paso de la luna y la aparición del sol.

El humano aprendió a observar sus fases en el canto de los pájaros, en el movimiento extraño de los animales, en el ritual de las flores y los frutos, en el murmullo abundante de las aguas y en su propia sangre. En fin, si la naturaleza tiene vida, ésta se manifiesta aún más con los cambios lunares. El hombre ha comparado la luna con su vida: laborar y observarla se han hecho una sola cosa, y al comprenderlo magnifica a ese cuerpo iluminado que lo hace más sensible. Ha aprendido a relacionar y se admira de sí mismo; entonces da a la luna un sentido mágico: la venera, le rinde culto, crea un ritual, elabora un relato, configura un arquetipo, la incorpora a su ser y surge el mito por el tiempo de los tiempos. Ama la luna y con ella el misterio, ama el sol y con éste la vida. Cada elemento adquiere un sentido particular: el agua no es agua, es un dios, los árboles y la tierra se transforman, y así, todo. Él se sabe *medium* desde sus orígenes, pues fue capaz de comprender lo oculto de la naturaleza... El imaginario de la luna nace con el humano que la mira por primera vez... Ella lo seduce, lo impregna con su magia y al tocarlo, lo conmociona o desata la locura creadora, el deseo mántico, la poesía, el arte... O lo incita a la destrucción, el otro tipo de locura al decir de Erasmo.

La luna sabe de sus múltiples sentidos y los permite; es una y muchas a la vez, e irradia su esencia cuando sus cuernos se completan, como dice Ovidio. Ella ama el lado irracional, fantasioso; el misterio es su propiedad. Es sensualidad y reencarnación. Descompone, fermenta y apacigua, es engendramiento, crecimiento, perversión, aborto y muerte. Es nacer, crecer y morir... Cuando crece, motiva la llenez, el deseo, la turgencia en los pechos de las hembras y el dulce néctar de las frutas, aviva el aroma de los sexos, y las re-

sinas embriagantes de la flora brotan con todo su vigor. Para nadie pasa desapercibida la plenitud que aflora con su luz.

Madura el alma, el espíritu, la carne, la sangre, la pulpa voluptuosa de la higuera que se abre para ofrecer su lubricante miel. Sube así la marea dadora de la naturaleza. Desde su distancia es opulencia, desborde y raptó. Su llenura es la puerta del placer: todo debe tomarse como la orquídea de negra presencia o el embriagador loto. Todo es fecundo.

Ella levanta su velo y muestra su cuerpo una y otra vez, para cautivar a sus admiradores, existe para nosotros. Es una bella dama o una amante que precisa ser enamorada. Le gusta que le canten: cuando se canta a una mujer, se canta a la luna y al hacerlo se canta a lo femenino. Su mayor fuerza se logra en plenilunio cuando el sol la preña, es toda luz e incita a dar a luz. Cuando está llena la línea curva marca la sensualidad de los cuerpos.

¿Cuál es la esencia mágica de la naturaleza de la luna?... La luz. Recojámosla en esas vasijas que son nuestros cuerpos.

Nuestro inconsciente no es oscuro, es claridad; pero tiene tanto brillo que encandila nuestra mirada interior, y acostumbrarnos a ese resplandor, nos salva. La tradición –malévola y perversa– nos ha legado el temor a la noche y a la oscuridad, obturándonos el conocimiento de las sombras que quieren comunicar su verdad. La luna existe para alumbrarnos contra ese temor; amplía más el grado de luz que está en nosotros, y así no temer a aquello que está oculto en lo íntimo, lo que no vemos con la lucidez de la consciencia; nuestras interioridades también las hemos aprendido a llenar de sombras y las buscamos para que se recreen como monstruos en lo profundo del ser. Temor que nos maltrata y nos impide ser libres por carecer del conocimiento de nuestro quinto infierno, de nuestras profundidades, que, por lo demás, no son nada oscuras; porque lo oculto no necesariamente es oscuro, puede estar iluminado, pero no visto. Asumir nuestras brillantes cavernas síquicas nos hace seres nuevos: asumimos el lado de la luna que no vemos.

Quizá por esto los creadores, los hacedores de arte, lo que hacen es vaciar en una forma particular, imaginariamente, esa interioridad oculta y rica, aunque sufran algún terror. Parece que la luna los toca y los protege, aviva la llama creadora que los habita,

y mientras realizan su obra se les ve extraños, excéntricos, lunáticos, penantes, y al coronarla son auténticos, sinceros, radiantes, jubilosos y logran la plenitud. El arte les posibilita asumir esa luna que brilla en su interior, ese mismo arte iluminado les permite ver la parte oculta con la que controlan la angustia, las depresiones, la tristeza... la razón. Como Palinuro, el timonel que guía la nave de Eneas, los artistas son felices vigilando el barco de sus ilusiones que les impide zozobrar en ese mar profundo y picado de la vida, lleno además, de canto de sirenas. La luna ilumina las neurosis hasta desaparecerlas y todos los trastornos que nos traban la felicidad; enseña, insisto, que ese otro lado, el que no vemos, es una imagen de lo que desconocemos de nosotros mismos.

Cuando se desplaza silente, satinada y segura entre las nubes, el cuerpo la siente y un temor inexplicable poco a poco nos invade. La observamos y tememos sin saber a qué y por qué. Pareciera que en nuestra memoria resuenan todavía las sensaciones de los primeros humanos; porque cuando la miramos, como lelos, en el firmamento tupido de estrellas, parece que nos buscamos a nosotros mismos, como si recordáramos nuestros orígenes astrales: venimos de la luz, estamos en la luz, vamos hacia la luz. Ella es nostalgia y compañía, brillo de plata y placer.

La luna nos habla con su luz para que hagamos consciente la otra parte del ser que somos y que involuntariamente ocultamos. Por eso se canta: "Veo la luna y la luna me ve/ la luna ve a alguien/ que yo quiero ver". Aprendemos a leerla por las sensaciones de nuestro acercamiento, aceptado por esa masa material lumínica. Ella nos enseñó a sentir el crepúsculo: la noche nos induce a dormir, a soñar, pero más a pensar. La luna conoce todos los secretos, enseña a imaginar con exactitud, nace la teurgia y nos hacemos adivinos. Ella es la bruja que nos exorciza.

La luna existe, obviamente, fuera de nosotros, lo que no es obvio es que forme parte de nuestra sensación de vida, de nuestra consciencia; es decir, existe en nosotros desde siempre. Ella presiona las sombras, las saca de su adormecimiento para que se manifiesten y luego se evaporen: ese es el sentido que tienen los rituales, ese es el fin del culto que se le rinde. Los pueblos ancestrales lo sabían y eran menos atormentados que el hombre con-

temporáneo adorador de imágenes virtuales llenas de sensaciones inaprensibles.

La luna es sentimiento y representa con su andar, con ese ir y venir, la metáfora de la inmortalidad (Eliade, 1974). Nos hace pensar en lo mudable. Es su poder, su misterio eterno que, siempre andante, desaparece, aparece, crece, decrece y no se agota pero nosotros, seres mortales, sí nos extinguimos, observando su incesante andar. En sí misma quizá no diga nada, pero de ella dicen las leyendas que es misterio, mito, magia y aquelarre.

Es una gema, un brote del universo, que con sus irradiaciones marca el ritmo de los seres y la naturaleza toda. Astro que se ha convertido en satélite de la Tierra y, para que todo lo sublunar se nutra y se recree, danza amorosamente veintiocho días alrededor del planeta para luego juntarse con el sol.

Antes, esa larga espera generaba caos a la luna; pero ella aprendió a hacer tiempo para su novilunio, cuando otra vez se entibia con el sol, y la pasión es tal en el encuentro que la naturaleza teme se queden en una cópula eterna y no se muevan nunca más. No hay nada más sobrecogedor que un eclipse de sol.

Un juglar cuenta que la luna, también enamorada de la tierra, fue a darle una mirada. Se sintió atraída, atrapada por ella, y desde entonces se miran con encanto. Pero cuando la tierra sufre los celos por el amor que se profesan ambas luminarias, se les interpone para eclipsarla. Pero la luna, juguetona, compensa la ausencia del sol y la suya propia, envolviendo a su amado en un negro manto para gozar la intimidad y así, oscurece el día y lo convierte en noche, y la tierra entonces, no verá la cópula que por un instante se sucede.

Todas las presencias astrales existen por amor de su Creador, amor que brindan a los seres y esa es la energía superior del cosmos. La magia de la luna es ante todo amorosa: el espacio romántico no está completo si se ausenta, los enamorados no le temen, la ansían, anhelan que complete el triángulo amoroso, mujer-hombre-luna. Misteriosamente despierta en el varón el lado femenino que posee, y en la hembra potencia ese otro sentido tan particular que se conecta con el resplandor... Es la conjunción de lo femenino y lo masculino; como la luz, sol y luna... Uno y lo mismo. La mujer es

luna y el hombre debe ser lucero: “Lunerito es el hijo de la luna y el lucero”, dijo el poeta cantor, Alí Primera.

Nueve lunas dura la preñez, y de acuerdo a la faz que mire a los amantes se sabrá el sexo del niño por venir. La mujer que desea un parto feliz, baila la danza a la luna que la luna baila su danza, alegra su ritmo mágico que baila la danza bajo la luna, cuerpo coqueto con la luna que lo baña con su luz perlada y lo posee, brota el sudor en el rocío que lame la piel alunada de placer, que brilla de noche, filigrana.

Se cree que la fiesta de la luna era exclusivamente femenina. El astro incita a que lo bailen. Las mujeres contorsionan sus cuerpos al ritmo del viento gélido bajo la luna llena, y cuando sacuden sus cabellos abrazan al amante, invisible y nocturno, que argentado brilla. También acompaña a aquellas que aman demasiado, que sufren por amor. Las mujeres sienten que sus plegarias son atendidas por la Diosa Blanca (Graves: 1996, 76). Ellas intuyen la luna nueva oculta en el firmamento y un recogimiento las invade; llegan los días de creciente y se sienten niñas; aman la luna llena y las excita el esplendor de la juventud, mas se acuerdan que deben retomar la vida cuando la luminaria mengua.

El agua también existe por la luna, cada vez que ésta cambia, llueve o brota el rocío que es la más pura manifestación de la humedad lunar. El secreto del rocío consiste en recogerlo en luna llena para que brinde regeneración y lozanía de eterna juventud... ¿Acaso las perlas no son gotas de rocío que caen en plenilunio y que las ostras reciben y miman en su interior hasta darles forma como una luna color plata?

La mujer en su sensible intimidad, nota una rosa roja salida fielmente de sus entrañas en menguante, creciente o luna llena, y conoce en su matriz un *mundus mínimus* –como lo llamó Paracelso– con vida propia, donde algo se sucede. Sabe que el movimiento de este astro mueve también el universo que habita en el centro de donde emerge la vida, y así cultiva el gran secreto lunar de su ser femenino y generatriz. Cuentan que algunas mujeres para quedar embarazadas se comen una perla: si resulta la magia lunar, la perla se adhiere a la matriz y fructifica; si no, se desprende y la dama sufre la “enfermedad de la luna”, como se llamaba a la regla, o la *katame-*

mia, “por la luna”, de los griegos, que significa “menstruación” de *menstrualis*, mensual. “Estoy en el mes”. “Me llegó la luna”, dicen ellas con dulce timidez.

La luna es sinónimo de devenir y renacer, de sueño, inconsciente y también de dualidad. Por eso el travestí es nocturno, un otro que se libera sin culpa. La luminaria hace emerger la herida, el trauma, y predispone a los haceres sensibles. No en vano Novalis escribe *Himnos a la noche*, para cantarle a las sombras donde vive la luna, y para cantarle a ese otro que somos bajo su influencia: amor, pasión y alquimia. Poeta romántico que sufrió y sintió ese ser bifronte que somos. La noche es para Novalis ese espacio donde auténticamente existimos, el momento mágico donde vive lo sobrenatural, el hábitat de los duendes; un lugar de sensaciones, de imágenes, del valor de las penumbras, del ocio creador y del insomnio; de ese insomnio que nutrió y mató al poeta venezolano, José Antonio Ramos Sucre, quien deseó ser Endimión, el amante de la luna, para poder dormir, dormir y dormir.

La luz del Sol salva, nutre y da vida, su exceso produce insolación, quemaduras y hasta la muerte. La luna, a su vez, hace fluir el amor cuando abre las compuertas de la pasión y los deseos, toda la Natura se aparee; pero si se excede el límite, brota la inlunación y prolifera el caos manifiesto en abuso, excesos y locura, y se hacen proclives los rituales de la muerte. Dionisos o Baco, se adueña del encanto y guía la sensación de esas pasiones en compañía de Sileno, su tutor, cuyo nombre significa “el hombre de la Luna”. Tocados por la luna, los humanos deambulan estremecidos por sus pasiones y, posesos, desatan y juegan el juego de los laberintos recónditos. Sin máscaras o poniéndoselas, como cantara Verlaine, vagan en busca de la liberación para hallar esa otra cara: ese ser dual que finalmente es nuestra naturaleza. Si la luna excita, hay que vigilar los placeres, estamos en trance lunar.

Como del fondo de los tiempos, emerge en nosotros la actitud y el sentimiento del primer hombre cuando miramos la luna, ya lo hemos dicho. Aparecen los sustos y temores, florece lo atávico. El hombre lobo y los murciélagos espantan nuestras noches y nos colman de temblor bajo la luz de la luna: lo que esa claridad no ilumina se torna en sombra que aviva nuestros temores infantiles.

¿Será por eso que de niños pensábamos que ese hermoso círculo no podía ser el culpable de nuestros miedos? ¿Que la luna era el mismo sol que por las noches menguaba un poco su luz para que pudiéramos dormir bajo su compañía, o para que pudiéramos mirarlo? Ella alumbraba para todos, y aún así es tan únicamente nuestra. De niños nos seguía a todas partes y era divertido: jugábamos a las escondidas con ella y cada vez que sacábamos la cabeza del refugio allí estaba, fiel, mirándonos igual que una niña juguetona... ¿Quién no quiso tener la luna? Eran aquellos tiempos cuando oíamos decir a las abuelas que para atraparla, debíamos colocar una palangana con agua en el patio y en luna llena, así, cuando curiosa y coqueta se mirara en el tazón, quedaría cautiva, y al amanecer tendríamos la luna. Todos prometemos la luna, todos la queremos, ¡pidámosla!

Misma luna que los campesinos, sabios que aprendieron a conversar con la naturaleza, dueños aún de los misterios de la tierra, evocan para cortar las hierbas medicinales, particularmente las que florecen de noche y que ellos saben deben cortar en luna llena, para que sean más eficaces; y si no que lo diga el apio, planta lunática. Ojos que miran el menguante y saben que es tiempo propicio para cortar buena madera que no se pudre. Inteligencia natural la del alma campesina que espera el cuarto creciente para plantar lo que se desea crezca sano y a todo pasto, y recordar que el cabello debe ser cortado preferiblemente en luna llena para que abunde y brille; porque el cabello hermoso seduce y lleva al amor, amor que fecunda varón en creciente y hembra en plenilunio. Ojo solar, ojo lunar.

Todo este conocimiento heredado exige su ritual, por eso es que para mantener la armonía con la esfera nocturna y sus lunaciones, se debe desintoxicar el cuerpo y contenerlo; y no hay momento más propicio para ello que los tres días de luna nueva, o “Luna muerta” como la llamaban los órficos y los pitagóricos. Frutas y agua es la dieta más recomendada. He ahí el instante para perder peso de manera natural, sin agobio, sin falaces aparatos ni mensajes que degradan la autoestima del ser que pareciera no tener derecho a vivir si no cumple los patrones impuestos por las imágenes fatigantes de la publicidad. Al igual que ella morigera la luz del sol, moderar el cuerpo era un ritual a la luna.

Apreciar la luna, su energía y su sentido en el cosmos es un acto intuitivo; es despertar lo que está dentro de nosotros, es poner a funcionar, otra vez, el ritmo natural que nos ha sido rapado y trastocado por tanta falsa e innecesaria máscara de consumo que nos impide vivir cómodos, sosegados. Porque la sensación de vivir nos la están vaciando cada día con tanta existencia de compraventa, *business*, bolsa, banca, trato y maltrato y la intentan llenar con slogans comerciales que no terminan de darnos plenitud. Al contemplar la luna retornamos a esos que fuimos y seguiremos siendo a pesar de la todopoderosa “ciencia” que nos destruye con su simulacro de razón y ganancias; cada día aumentan considerablemente las nuevas tecnologías y aún más aumentan los desposeídos y miserables carentes de todo. Porque ahora “se es o se es” internauta, “ser digital”, hombre virtual, ciborg andante, posiblemente la cúspide de la deshumanización, la más alta cima de la sofisticación del perverso consumo. Ser, es ser producto de las máquinas: prohibido imaginar. Se busca internetizar la cotidianidad y los sentires humanos ante el cosmos y ante los semejantes. La propuesta es no volver a mirar el firmamento ni el rostro del prójimo, sino buscarnos y buscarlos en el monitor, en las fosas de los chips manipulados: si no se halla allí no existe, no es... Esa es la opción. Tal que si tu ficha personal no la registra Internet, simplemente no existes, no eres. Se te identificará porque estás allí, tu cuerpo es una información más, un dato más. Eres desechable. La biometría se encargará de ti: ahora se nos reconocerá digitalmente por nuestras formas corporales, tipos de manos, forma de ojos, tono de voz y por el sudor de la frente que revelará el trabajo que ejecutamos; y sobre todo por el temor del cuerpo cuando nos estén digitalizando con escáneres que pagaremos con nuestros impuestos, porque ya no serás tú sino tu clon. Lo contrario es ser proscrito de la red, un *hacker*. Porque el asunto es pensar si el humano es feliz con todos esos aparatos, o es un desgraciado, cuya razón técnica únicamente le sirve para elaborar objetos-cosas que luego le resultan banales, y a los que tiene que planificarle su propia obsolescencia, mientras va ahogándose entre desechos tecnológicos y recorre el mundo intentando ocultar la basura tóxica que la madre tierra se niega a consumir, porque le destruye las entrañas que nos proporcionan el alimento.

Ni siquiera lo que imaginas tiene existencia. Vendernos el futuro ya elaborado, ya manipulado, es la mejor idea del mercado. Es caduco creer que figurarnos el porvenir es todavía un derecho personal, como tonto es pensar románticamente la luna cuando hoy no es más que un objetivo militar, o ...”es menospreciada como un apagado satélite de la Tierra” (Graves, 1996, p. 17). Llama la atención que hoy quieran redescubrir la Luna y estén iniciando su terraformación, es decir, preparándola para hacerla habitable –ya ofrecen un tour lunar y parcelas a plazos (www.lunacorp.com)–, para aprovecharla como base militar por el agua congelada que contiene, o como un simple depósito de basura. “Shimizu”, una de las grandes empresas japonesas de construcción, creó un cemento muy especial a base de arena lunar: la regolita, pensando en construir módulos sobre Selene para el *turismo interestelar...* (Cábala, 2000, p. 11). Ya no es posible animar más esta civilización industrial.

Los que un día la profanaron, la hollaron en honor a la razón científica en aquel año de 1969, sólo encontraron soledad, un desierto. Y tenía que ser así, porque no fueron a develar ningún misterio. La ciencia que los guiaba los despojó de su capacidad de asombro, únicamente sintieron desconcierto y hasta inútil el esfuerzo; y como a todo lo “conocido”, la abandonaron. Para nuestro bien, su lado oculto sigue oculto y continuamos amando el misterio que ella representa. Los primeros rituales eran un acto de celebración, el ritual tecnológico de hoy continúa celebrándola, pues aún ignora a esa luna ebúrnea que nos mira

Digo, afirmo, grito rotundamente: cuando el humano en nombre del “progreso” –hinchado por la *hybris*, la soberbia digamos– quebró la sincronía entre su hacer diario y la naturaleza, es decir, dejó de ser sagrado y quedó en orfandad del Cosmos, se lanzó en los brazos de Caos, y a él únicamente se le enfrentan los dioses o los poetas. Poetas somos todos, y eso nos salva. No dejemos que se apague la luna.

Bien sabemos que la sensación de vida proviene del fondo de cada uno de nosotros y de la armonía que tejamos con el universo. Recordemos que los antiguos eran contempladores acuciosos del firmamento y sabios intérpretes de sus señales; hagamos como las aves que se orientan por el resplandor de la luna. Rescatemos

la simpatía, el sentir con ella, retomemos la sacralidad que siempre nos ofrece y que nos dignifica. Dominemos otra vez el *mysterium lunae*, que recomendaba no contemplar solamente con los ojos del cuerpo el astro nocturno, sino hacerlo con la fuerza del espíritu, para poder conectarse y sentir las vibraciones y la razón de su presencia y su secreto; porque la luna actúa sobre la fantasía, la ternura, la delicadeza, el sentimiento, lo subconsciente; nutre la intuición, los instintos, la maternidad. Ella rige lo profundo, lo oculto y misterioso, el estómago, los senos, y ama el hipotálamo que desde el cerebro regula la temperatura, los líquidos del cuerpo y el sueño; posibilita en nosotros la capacidad para construir nuestro propio arco iris. Así como el astro se nutre de la naturaleza, el lunático, el tocado por la luna, tiende a imitar, porque absorbe lo que le rodea y se apropia de su entorno y lo recrea. Ser lunáticos es recibir un impacto que nos cambia de la tristeza a la alegría extrema, de la sensación depresiva a las potencias más elevadas del optimismo. Allá, en el firmamento, ese espejo circular se revierte contra los valores establecidos de la represión y dispara los instintos, ama el rostro desnudo que lo contempla, y da respuesta a la interrogante que anida en las pupilas. Tocados por la luna nos sentimos todos los seres que moramos en este planeta sublunar. ¿Será que a los hacedores de arte cuando les sube la marea del cerebro, les aumenta la locura creativa? García Lorca en un momento así escribió *Viaje a la luna*, y Miguel Hernández, conocedor del arte de mirar la luna la hizo verso en *Perito en lunas*.

Hombres y obras hablan y cantan de la luna sus influencias, rituales y gozos... Sus efectos sobre todo el orbe no se discuten. Las aguas se nutren de ella. La luna nos toca al nacer y en la medida que crecemos, a veces, sin saberlo, nos acoplamos a su ritmo. Así, hay días que amanecemos plenos, disminuidos, vacíos o en absoluto misterio y silencio interior. Queramos o no, rige nuestros pasos, tanto que nombramos el primer día de la semana como lunes, *monday*, *lundi*, *montag*, *lunedì*, el día que corresponde a la luna, como si al nombrarla al inicio de la semana nos colocáramos bajo su protección. En el Tarot es el décimo octavo Arcano mayor y significa la vida afectiva del inconsciente o el abandono de los sentidos racionales conscientes. Se refiere al aspecto lunar de las personas, al instinto lunático, a las fuerzas ocultas de la mente humana, lo

primario, animal, arcaico, imaginario y fantasioso. Cuando se lee esta carta, llamada comúnmente la Luna, ella refleja aquellos asuntos ocultos que viven en las sombras: intrigas, engaños, pasiones incontrollables que nos hacen tan cambiantes. Este naipe advierte de los momentos ilusos y de aquellas cosas que son irrealizables porque están preñadas de pura fantasía. Dice de las personas manifiestamente inestables o que cambian de parecer con mucha frecuencia, personalidades obsesas, hipocondríacas, fóbicas, neuróticas; sugiere la necesidad que tenemos de convivir con las manifestaciones del inconsciente, aun cuando no comprendamos por qué se suceden tales conductas. Eso que Jung llamó la sombra, ese otro que somos y que se manifiesta a ratos en vicios y arrebatos que nos habitan y lastiman. La Luna es un Arcano que advierte la necesidad de buscar la madurez, la individuación que nos permite superar las ataduras de la infancia, particularmente las que nos han traumatizado. Quienes son favorecidos por la carta de la Luna tienen la posibilidad de desarrollar las fuerzas ocultas del inconsciente, de lo mántico y oculto, de la bilocación y las premoniciones a través de los sueños; o del desarrollo creativo que los inclina a la poesía, la pintura y las artes en general. Y se manifiesta en personas afectas a la diversión nocturna. De igual manera habla de la presencia de algunas enfermedades genitales, gástricas y circulatorias. En el medioevo la luna era vista como la que advertía la cura o presencia de ciertas enfermedades: el mal sutil y la epilepsia, que significa “agarrar desde la luna”, eran consideradas enfermedades lunares.

La hemos visto –a la luna– sufrido y nombrado, como sucede con Manrique, el personaje del poeta Gustavo Adolfo Bécquer en su leyenda *Rayo de luna*, quien... “pasaba una noche entera mirando a la luna, que estaba en el cielo entre un vapor de plata”...; atado a una ilusión, él alucina con “el globo de nácar” que lo aluna haciéndolo vagar por el bosque tras el brillo de una idea de mujer que sólo a él pertenece. Ansiedad de sentirla y esperarla como nos cuenta también el escritor, Julio Garmendia, en *Cita nocturna interrumpida*, en la que su personaje se ha citado con una dama, la gran dama misteriosa y la espera como fiel enamorado, sabiendo que no es más que la atrayente luna. Luz nocturna bajo la cual se lamentaba Fausto. Y la ...”luna inmensa burlona y amarilla, como la risa de un dios”...

que viera Diego Sauri, momentos antes de perder el conocimiento, o la que hizo esperar a Josefa Veytia, mujer de Diego, durante doce angustiosos años, para decirle un día con su cara llena que estaba preñada; esos personajes de Ángeles Mastretta en su novela *Mal de amores*. Luna que igualmente ve García Márquez que acompaña a Nena Daconte, hermoso y trágico personaje que se desangra, dejando la huella de su muerte sobre la nieve, mientras va camino de su luna de miel. Y la luna sacra que invoca Whitman para que mire la escena humana poseída por la nocturna muerte... o la que pintara Goya en su cuadro *El Gigante* (1820), y que ilumina el titán que se aloja en nosotros. Luz que va transformando espiritualmente al personaje que construye Cesare Pavese en su novela *La luna y las hogueras*. Y que el apóstol Juan, en *Apocalipsis* y arrebatado en espíritu en su revelación, dice: "toda ella se volvió de sangre". Duke Ellington la celebró componiéndole la canción *Doncella lunar*, Pink Floyd la mostró en *El lado oscuro de la luna*. Y H. G. Wells nos la hace conocer en su hermoso libro *Los primeros hombres en la Luna*. Ese claro de luna que pensaba Verlaine "hace soñar a los pájaros en los árboles", hecho sonata por Beethoven, y que pintó Miró con mirada de niño en *Perro ladrando a la luna* (1926); que Debussy hiciera melodía, y Maupassant nos mostrara revistiendo los amores humanos. Plasmada, igualmente, por Vincent van Gogh en *Paseo a la luz de la luna* (1890) como serenata de amor... Luna hecha hermosa canción en *Fly me to the moon*, y cantada por Frank Sinatra. ¿No fue acaso Luciano de Samosata, nacido hace un mil ochocientos años, quien narró burlona y magistralmente un viaje a la Luna en su *Vera Historia*? Luna narrada de manera magistral por John Steinbeck en *La perla y la luna*; y que Dante pensara tan particularmente en su canto segundo y tercero en el *Paraíso* de la *Divina Comedia*. Luna que siempre fue testigo de los cuentos escritos por Oscar Wilde. También Kepler, en su cuento *Somnium*, relata un viaje a la Luna basado en la ingravidez física de ésta. Georges Méiles nos la ha mostrado en su película *Un viaje a la Luna* (1902); igual la filmó Segundo de Chomón. Luego, Fritz Lang pensó en una mujer viviendo en la luna y la llevó al cine en *Frau im Monde* (1928). Décadas después, Stanley Kubrick, con su *Space Odyssey* (1968), nos involucra en un viaje más realista a la Luna y a otros planetas.

Astro que ilumina las noches interiores, sugiere los romances, calma los temores, alienta el arte, habla de nuestras obsesiones, refleja el rostro amado. Ríndenle canto y culto, y fantasean: Hesíodo, Horacio, Plinio, Lucilio, Ptolomeo, Aristóteles, Galeno, Paracelso, Cyrano de Bergerac, Catón, fray Luis de León, Julio Verne, Antonius Diógenes, Whitman, Blake, Jung, Davis Russen, Rudolph Erich Raspe, Edgar Allan Poe, Plutarco, Borges, Dante, Homero, Neruda, John Wilkins, Francis Godwin, Aquiles Nazoa, Pitágoras, Darwin, Shakespeare, John Steinbeck, Newton, Martí, Atahualpa Yupanqui, Hipócrates, Mayakovski, Basho, Joyce, Li Po, Kepler, Quevedo, Mark Twain, Baudelaire, Ortega y Gasset, Safo, Pink Floyd, Eros Ramazzotti, Alessandro Safina y otros más, muchos más y más. Ellos todos hacen recomendaciones de lo que puede hacerse o no cuando la hermosa luna se muestra en cada una de sus fases.

Dan razón de ella: El Antiguo y el Nuevo Testamento, el Talmud de los judíos, el Libro de los Muertos, el Rig-Veda, la Elegía de Ovidio, las Danzas Nocturnas de Safo, la Geórgicas de Virgilio, La Divina Comedia, La Ilíada, el Popol Vuh, el Corán... el tango y los boleros y más, y más obras... La llaman Helle, Heleno, Proserpina, Ino, Sin, Men, Meness, Nanna, Lucina, Pe, Ixchel, Tot, Máh, Soma... Era la amante de Pan, la Selene griega, la casta Diana romana, la Artemisa, Hécate, Trivia, Diana de las encrucijadas, Reina de los fantasmas, Hija de Hiperión, de Pallas o de Helios, La Dama Blanca, La Diosa Blanca, la Madre de Toda Vida; hermana de Apolo Febo, novia de Zeus, madre de Pandia y de Dionisos; la apellidan Bubastis, Istar, Astoret, Ganúmi, Cibeles, Isis, Khonsu, Si, Chia, Musa, Cotitos, Dictina, Eterna Perla, Eterna Margarita, Cibura, Pasífae, Metztli, Ilargi, Virgen, Tichalns-ngo, Lilith, Diosa de la embriaguez, Gran Madre o Mater Magna, Inti la Bella, Yesod, La Blanquecina, Febea, Zaruna, Losna o Louna, Kuan-yin, Kwannon, Mamaquilla, Latona. La nombran y la nombran en lunado, lunación, lunar, lunarejo, lunario, lunecilla, lunel, luneta, lúnula, lunaris, luneto...

Ella es paloma, gato, mariposa, lechuza, liebre, perro, jaguar, oso, zorro, cangrejo, flor, pez, cabra montesa, pavo, tortuga, toro, serpiente, camaleón, sapo, lobo, camello, y todo, todo aquello que se transforme, ilumine, oculte, cambie, mimetice...

SEGUNDA PARTE

PLENILUNIO

Todo lo que puede imaginarse es un reflejo
de la verdad.

William Blake

La mente es creación, es un carbón que se
está apagando y que alguna influencia invi-
sible como un viento inconstante, despierta
a un brillo transitorio.

Shelley

Todo lo que crea el arte más elevado, toda
inspiración... no procede del poder del hom-
bre: está por sobre lo terrenal.

Goethe

En el estado creador, el hombre sale de sí
mismo.

Baja, como si dijéramos, un cubo al pozo
de su subconsciencia, y saca algo que está
normalmente más allá de su alcance.

E. M. Forster.

I. ARMANDO REVERÓN

(1889 - 1954)

Ser de luz

La luz que plasmaba en sus lienzos era la que vivía en su interior y como sabía que el arte refleja nuestras vidas lo amaba intensamente, aunque lo llamaran loco. Ese claror que lo hacía feliz aun en la adversidad, provenía de sus meditaciones nunca dichas, jamás manifestadas. Él guardaba esas riquezas íntimas con mucho celo, por eso se ocultaba en sus máscaras ya conocidas. Buscando la transparencia de su ser la logró también en su obra; en esas pinturas que nos ciegan cuando vemos cómo trozos de sol alientan palmeras, uveros, malecones, muñecas... Estamos frente al arte de la luminosidad.

¿Qué obsesiona a Reverón?... La luz, que lo buscó y lo halló, como en su momento esa misma luz halló a Manet, a Monet y a otros artistas. Siempre consideró que bajo el sol se podría observar mejor su obra, porque era el elemento del cual provenía.

Reverón era un Quijote de la pintura que paseaba su desaliñada humanidad por las playas de Macuto, o por las calles de Caracas. Días en los que intentaba vender algún cuadro sopor-tando la burla de los “entendidos”. Juanita, su esposa, era su escudera infatigable. Conocedor del cataclismo que llevaba dentro apostaba a la serenidad y prefirió desbordarse en sus pinturas.

Sin embargo, el “loco” solitario prefería como multitudes a Juanita, a las agrupadas figuras de sus cuadros, sus muñecas, su mono Pancho, los uveros y cocoteros; y sonreía por las múltiples voces del mar, el olor del salitre, las piruetas de las gaviotas y pájaros del litoral. Seres y cosas abundantes, todas inofensivas. Pintó y vivió imaginariamente sus propios conciertos y bautizos, reuniones de bailarinas y poetas; celebró sus particulares bailes con múltiples invitados que llenaban su casa; cuando daba espectáculos en vivo prefería a los niños para mostrarles su circo privado.

Pascual Navarro, nuestro también pintor venezolano lo invitó a practicar la dactilomancia, esa forma de adivinación que se hace con la ayuda de anillos, sobre todo cuando son fundidos. Esto aumentaba la sensibilidad en la riqueza del color que siempre atraía a su amigo Reverón, quien lo extraía de la tierra, del musgo, del salitre, del óxido del hierro que trae el mar Caribe y hasta de su propia sangre. También comentaba Pascual Navarro que Armando solía recitar, mientras pintaba sus cocoteros, un antiguo dicho babilónico que reza “Si una palmera está triste: el corazón de la gente no será bueno”.

Cuando Reverón pintó el cuadro *Patio de Sanatorio San Jorge* (1954), había sido recluido allí por segunda vez sufriendo problemas mentales. Los árboles plasmados en esta pintura semejan seres alejados uno del otro, como cuando el pintor íngrimo sufría su caos imaginativo en aquel encierro nutrido de sábanas y reglas asépticas. En ninguna de sus otras pinturas muestra uveros y cocoteros desraizados; únicamente es en este cuadro de sanatorio donde un árbol parece caminar con las raíces al aire, descubiertas, como haciendo un inmenso esfuerzo para sostenerse sobre el suelo del patio desolado... Semejando acaso la falta de asidero a la vida, o la presencia de seres que ausentes en su caminar solitario pronto se irán, pues ya no pertenecen a este mundo: árboles desprovistos de apoyo, como el sentir de esos seres que pululan en cualquier patio de sanatorio muriendo de consunción, extenuados, delgados, casi secos por la pena, por la enfermedad sagrada que los posee. Esta obra conmueve, es triste de toda tristeza, aun cuando esté tan iluminada. Si alguna vez Reverón plasmó la sórdida y angustiosa soledad, ésta es su mejor expresión plástica. Me pregunto si llegó

a conocer las obras: *Jardín del Hospital de Saint-Paul*, *Árboles en el jardín del Hospital de Saint-Paul*, pintadas por Vincent van Gogh, en 1899, cuando éste se internó voluntariamente en ese “sanatorio psiquiátrico, monasterio y estudio de pintura” en Saint-Rémy. Árboles despavoridos expresados con pinceladas tortuosas, serpenteantes, que reflejan la angustia de estar allí y que se agitan nerviosamente.

Lector de Tomás de Aquino, aprendió que procedemos de Dios. En los momentos más difíciles, más críticos de su salud mental, Reverón supo que la Divinidad premia a aquellos que asumen la aventura del vivir y se mantuvo íntegro hasta lo último, sin pensar en quitarse la vida. Cuando emergía de la cueva de sus alucinaciones buscaba llevar a la tela las ideas que tenía del color; seguro de que la Divinidad era la luz que bañaba sus lienzos. Luz, metáfora de la plenitud de lo Supremo.

En *Mujer sentada en la playa* (s/f.), capta de manera sin igual la turbación femenina cuando ellas se sienten miradas; y en *Mujer con mantilla* (s/f.), y *La enfermera* (1954), logra expresar en el cuello y en la línea de los pechos insinuantes, toda la erótica y sensualidad posibles. Reverón amaba las texturas de las telas, los rizos del cabello y los pechos descubiertos; eso hace que lo femenino lo logre con toda la perfección como si al pintar acariciara un cuerpo de mujer. Se sabía conocedor de la nostalgia, pudor, tristeza y timidez que habita en las damas. El pintor logra ver en esos cuerpos femeninos asombro, candor, acaso la niña pudorosa que siempre está en toda mujer; y cuando devela sus formas a cada pincelada nota esas sonrisas tan particularmente únicas. Reverón captó como Ingres, el pintor de *El baño turco* (1863), el expresivo movimiento femenino, la gestualidad, la coquetería y la sensualidad de la piel sugerida por un pincel que las deseaba. Piel que está ahí plasmada con pasión masculina y que amó la mayoría de las veces con mirada de acuarela; pieles insinuantes como las pintadas también por Amadeo Modigliani. Reverón nos muestra esto en todos sus desnudos y particularmente en *Cinco figuras* (1939); *Desnudo acostado* (1947); *Tres mujeres* (1947) y en *Figura con abanico* (1947).

Cuando observamos *Paisaje del playón* (s/f.), y fijamos la mirada en el tejido agujereado del colete que Reverón no cubrió con óleo y temple, las múltiples porosidades nos sugieren las ventanitas

que son las fachadas de los monstruos de concreto; esos grandes y macrocefálicos edificios-resorts que poblaron las playas con el tiempo, ocultando con sus colosales cuerpos las palmeras, expresiones hermosamente elevadas de la naturaleza. Este *Paisaje* sugiere una visión de la ciudad moderna presentida por Reverón y que hoy es Macuto, Caracas, Margarita y cualquier ciudad actual: cemento, acero, concreto armado y plástico... “urbanizaciones verticales”, desilusiones habitacionales; equivocaciones de la modernidad arquitectónica que la “posmodernidad”, por no tener nada que decir, las continúa erigiendo. Monumentalidades que negarán los paisajes de Reverón. En esta pintura tan particular, si posamos la mirada por arriba de las dos palmeras, se verá el perfil de las imponentes ofensas de cemento que por su indiscutible caos, y tal como están construidas, atropellan las nubes, niegan la luna llena, tapan las noches estrelladas, nos encarcelan la mirada aburrida de ver y ver ventanitas. Siempre agresivas están ahí frente a la casa del pintor en Macuto (*). En *Vista del litoral* (1940), de igual manera se siente el caos de esas hieráticas y feas construcciones, y destaca a la vista una lastimosa palmera como si se hallase fuera de lugar. Es posible que Reverón tuviera que vivir allí para dejarnos en sus telas no sólo la elocuente luminosidad, sino también la imagen de un mar no contaminado, la atmósfera de una playa libre de smog, y la presencia de una flora y una fauna que poco a poco se extinguen. Dejó plasmado en *Cocoteros* (s/f.), la sensación enérgica del viento marino, por eso disfrutamos viendo como el aire juega y se opone horizontalmente a la verticales palmeras que se inclinan divertidas.

Me gusta su autorretrato *Fuente de Narciso* (s/f.); o aquel otro en el que lo veo entre sus muñecas: algo que todavía no sé definir me atrapa, me conmueve... De igual manera si nos detenemos frente a *Retrato de un hombre (El loco de La Guaira)* (1929); y en *Autorretrato* (1933), esos trazos, esas pinceladas blancas que estilizan

(*) Después de la trágica inundación del estado Vargas en diciembre de 1999, el paisaje cambió totalmente, y El Castillete, la casa del pintor, desapareció. Este ensayo fue publicado en 1997; por eso mantengo el texto original.

la figura le dan gran fuerza expresiva a esos rostros que son apenas pómulos prominentes, textura de la boca, cuellos robustos.

Porque si algo abunda en la obra de Reverón es la sugerencia. Parece invitar al espectador a crear su pintura interior, a hacer plásticas las sensaciones y los sentimientos. Cada una de sus pinturas nos invita a mirarla una y muchas veces... y con la mirada el asombro ante el detalle que antes no vimos, o la pincelada que se nos escapó. Y seguimos fijando la vista para completar el cuadro que no termina de decirnos todo... por que por eso es arte. Donde otros concluyen el diálogo con la obra y se alejan, Reverón permanece, continúa sintiéndola, haciéndola; toda su obra es un único cuadro pintado con un blanco original donde no hay media luz, ni opacidades.

Sabemos que danzaba ante sus falsas amistades para entretenerlas; algunos marchantes y coleccionistas privados que han traficado con sus obras las obtuvieron cambiándoselas por botellas de ron... Reverón los dejaba hacer. El prefería ser un loco payaso que comportarse como uno de esos aprovechadores amigos de la cultura que mal adquirirían sus cuadros.

El Castillete, su casa, fue el reducto de sus fantasías, por eso hizo de sus pensamientos y alucinaciones objetos que lo exorcizaban: los utensilios de uso diario, sillas, sombreros, floreros, mesas, pinceles y adornos los elaboró en la paz de su templo. Nunca creyó necesitar cosas superfluas, le bastaba con su paseo bajo la luz de la luna. Él es una de las vidas artísticas más auténticas y originales del arte venezolano... Si hoy viviera no andaría promocionándose por Internet...

PD: En cierta ocasión, de visita en El Castillete, Mary Pérez Matos le preguntó a Reverón:

Armando, ¿por qué no has continuado el cuadro donde aparecen las mujeres formando un círculo?

-Lo tengo inconcluso –contestó Reverón– desde hace varios meses esperando a que la luna esté en el mismo lugar en que estaba cuando comencé a pintarlo (Calzadilla: 1990, 57).

II. MARILYN MONROE

(1926 - 1962)

Ah, Marilyn, tu cruel América, tu desdichada gran nación
te ha destrozado entre sus manos como un paquete
de pop-corn. Y allí estás, pálida manzana,
bajo tu luna de neón.
Aquiles Nazoa

La Magdalena de la Casa Blanca

Al igual que Afrodita, le fue concedida una única virtud, ser bella, y cuando quiso ejercer el oficio de espía y delatora, quedó presa en la red de sus amantes –entre la mafia y la CIA–. Sin saberlo se convirtió en la Magdalena de la Casa Blanca, lugar cuyo espíritu masculino hizo que sus hijos se le murieran en el útero o se le desvanecieran de su mente. Comentan que solía llorar largos ratos, aun dormida, pues nunca los conoció, jamás le permitieron ver sus rostros. En los últimos años, intentando imaginárselos, aprendió el enigma misterioso de los árboles, y triste se abrazaba a los rugosos tallos para calmar la pena.

Hicieron de ella tal producto comercial que varios empresarios inelegantes fundaron la empresa Glamour Tours, y organizaban viajes secretos para aquellos seres fríos que ansiaban ver de cerca a la diosa del deseo, la diosa del amor: los impotentes se revitalizaban con su sola presencia, con tocar un objeto que ella hubiese acariciado, o con posar manos y pies en el Grauman's Chinese Theatre, donde están sus huellas. El cierre de los tours se celebraba con despedidas disolutas que ella a veces dirigía. Ella conoció todas las pasiones. Su belleza la perdió.

Con el tiempo, algunos de estos seguidores conformaron la secta Lesbos con el fin de adorarla. Por eso, van robando todo

aquello que suponen estuvo relacionado con su diosa, para adornar el santuario donde hoy le rinden culto.

Marilyn aprendió a mirarse desnuda frente al espejo y a recorrer sus formas y cada línea de su hermosa piel. Se sentía sagrada y profana. Su cuerpo era un templo siempre violado por manos lascivas o por luces artificiales. Consciente o no de ser un *Sex-symbol*, era natural en ella mostrar los labios particularmente carnosos, que al cerrarlos se amaban el uno sobre el otro, acercar y ofrecer los pechos turgentes y rosáceos de pezón fresa; le gustaba exhibir los pies desnudos, que parecían las tímidas alas de un colibrí inmóvil; mirar con esos ojos dadores y su insinuante párpado derecho caído, y hacer mohín con esa nariz breve como su vida.

Sin embargo, le atormentaba ser objeto de deseo, llevar y representar una vida falsa, mantener el tinte de su cabello, el *rouge* de sus labios, las indispensables pestañas postizas y el insinuante *derrière*. Ella prefería el desnudo puro para no quedar debiendo nada... no ocultar nada de su cuerpo. Todo, todo lo daba de sí como se entrega el mar a los arrecifes, al acantilado.

Con cada pose que vende en los escenarios se sumerge en extrañas sensaciones: sufre las angustias infantiles o las secuelas de la incertidumbre, el no saber qué hacer... recuerdos de la adolescencia. Se le hace un tormento vivir con las imágenes de otros tiempos... Los recuerdos se le clavan como garfios, como acreedores del pasado que le oscurecen el presente y no le dejan ver el porvenir. Llegó a temerle a la noche y vivía en una vigilia espantosa, alucinante... Demasiada realidad la lastimaba.

Un día, sin más, se posesionó de ella una voluptuosidad arrebatadora, sin control. Nunca supo cómo brotaba de su rosada piel esa sensualidad, ese néctar, ese humor cada vez más intenso después de las filmaciones o de la gimnasia diaria: como fragancia de sándalo, de agua, de hembra en celo, de loto, de amante que se acerca... un aroma a sexo que no se conocía. En las noches de plenilunio el deseo la sitiaba con su velo tenue, caliente y salobre que la incitaba a acariciarse... En el ritual de sus dedos, múltiples gotitas pueblan su cuerpo perfumado y ella bebe su esencia, hasta que el pubis angelical se arquea en la espera de la caricia que abre los sagrados lugares, mientras toca el brotecapullo dador de miel al

dedoabeja en la colmena de sus manos. Así la recibe el alba entre estertores húmedos, después de vencer las noches que se le hacen infinitas. Exhausta, queda en letargo y sueña con miradas sáficas que le hacen hervir la piel, con miradas brillantes del deseo, o con bocas húmedas que la desgarran y la hacen jirones. Durante el día ocultaba con abundante maquillaje un alma que se le caía a pedazos... alma que nadie le ayudó a comprender.

¿Los hombres amaron en Marilyn a la niña desprotegida o a su voluptuosidad que fue su sino aciago? ¿O acaso proyectaron su alma femenina y sus deseos sobre ella y al no satisfacerlos la indujeron a perecer?... Sólo sabemos que varios espíritus vengativos tuvieron la ocasión de destruirla y la hicieron una Venus trágica... Dicen que Paul Gaughin vio el futuro de ella antes de que la estrella naciera, mientras pintaba su dramático lienzo: *D`où venons nous / Que sommes nous / Où Allons Nous: ¿De dónde venimos? ¿Qué somos? ¿Adónde vamos?*, en trance, el pintor contempló la precaria vida de Marilyn y vaticinó que poco después de muerta reencarnaría en una alegre niña de Tahití, de rostro canela y cabellos adornados con flores de mango... La secta la busca hoy en esa isla intentando reconocer a la Eva ausente.

El reporte de su muerte es un misterio, al estilo particular del Departamento de Estado, experto en crear realidades ficticias, necesidades impuestas, guerras inútiles que le justifican eliminar miles de jóvenes para equilibrar su balanza de consumo... Informaron de ella cuando ya no quedaba rastro, y a todo contestaban con un *sí ma non*, sí pero no, como habla el Vaticano...

Como Afrodita parece haber nacido sola, por eso el día de su muerte nadie reclamó su cadáver.

PD: A Marilyn se la encontró muerta el 5 de agosto de 1962, en el número 12305 de la calle Fifth Helena Drive en Los Angeles, el gobierno estadounidense editó un sello postal o estampilla para recordar el fatídico día, el sello tiene impreso el rostro de ella y dice USA 32.

III. FRIDA KAHLO

(1907 - 1954)

Una herida que no sanaba nunca

Ella fue escarnecida por la vida, se sentía despreciada en su salud: sufrió más de treinta operaciones con los consecuentes letargos antes de volver sobre sí. Frida era una herida abierta que no sanaba nunca. El crematorio finalmente cauterizó ese cuerpo lacerado; pero, alma y espíritu quedaron encantados en los trazos de sus lienzos. Obra hecha a la imagen y semejanza del itinerario de su sufrimiento. Sentíase la encarnación física y espiritual del dolor, y pensaba que si toda la vida de un ser se concentra en el ser mismo, nada mejor que mostrarlo: su rostro y su cuerpo fueron su mejor temática.

Fue su propia modelo, porque tantos días de postración vividos por su precaria salud la obligaron a mirarse en una soledad constante, aguda y lenta. Al verse rota y quebrada salía de sí, abandonaba su cuerpo y con la ayuda del espejo se observaba. Pintó innumerables autorretratos por ese deseo de bucear hondo en ese cuerpo maltrecho, lleno de dolor. Ínglima en su habitación, durante horas y horas, decidió realizarse en esas limitaciones y logró dejar una obra pictórica sumamente original: su imagen indescifrable.

Su soledad lacerada la hizo obra de arte. El accidente que a los 18 años padeció, cuando un tranvía chocó con el autobús en el que viajaba junto a su novio, y que malogró toda su futura vida, trajo

como consecuencia la postración y el deseo de tomar el pincel, y con cierta ironía recorrer las telas a manera de una radiografía cromática: iba pintando sus penas, la textura de su piel y los detalles internos de sus dolores. Unas vértebras desviadas, jamás curadas que hacen inestable y dolorosa su columna, las representa en *La columna rota* (1944). También plasma allí los movimientos de sus articulaciones fuera de lugar, en ruinas. Mostrábase siempre en sus profundidades viscerales, a carne abierta, así daba forma a sus lienzos. En *Las dos Fridas* (1939), representa su imagen una frente a la otra, esa otra que siempre quiso ser, la doble que la acompañará hasta su muerte. Y fue ese deseo de querer ser otra, lo que la mantuvo con vida, no hacer crisis, y paliar un poco el tormento. El dolor físico y el desamor los proyectó en esas pinturas de colores y temas tan personales. En su infancia se inventó una amiga imaginaria con la que solía hablar y jugar, premonición, tal vez, de lo que ella no sería: una niña sana, correlona; eso que se truncó en su vida y que le permitió entender la idea de Schopenhauer —el filósofo tan querido y leído por su padre—, de que la felicidad está en la salud y en la ausencia de aburrimiento. Sin gozar de la vitalidad y sabiendo que jamás sería feliz bajo este precepto, se dedicó a pintar para combatir el tedio y animar a esa niña que de manera tan alegre representa en sus pinturas. Niña lozana, mujer rota parece ser su arte poética.

Plasmó la imagen del árbol, que se ha comparado con la columna vertebral del cuerpo, para representar esa parte dañada de sí, y de igual forma para simbolizar su enraizamiento en esta vida. Un árbol de profusas raíces aparece constantemente en su trabajo, igual que los animales domésticos. El primero es metáfora del Árbol Universal, de la unión entre cielo y tierra, lo ctónico y lo uránico, la vida y la muerte: árbol es la fuerza que se mantiene. Los animales, a su vez, eran considerados por los griegos de estudio indispensable si se desea comprender al hombre; Frida lo sabía y gustaba de su compañía. Ella asume que sus piernas y su columna están quebradas y lucha con su arte para atarse a esta tierra. Lo expresa en *Árbol de la esperanza mantente firme* (1946), en *La columna rota* (1944), en *Yo y mis pericos* (1941), y en *Autorretrato con monos* (1943).

Cuando sintió el color, asumió la confianza que necesitaba y se hizo pintora. Desde ese momento no dejó de hacerlo hasta poco

antes de su muerte. Su pintura parece romper con la perspectiva, el marco ahoga lo representado y los objetos están como fuera de foco, deseosos de escaparse de la tela. Mientras pintaba iba hablando con la pintura, con el pincel; al concluir el cuadro toda su alma estaba íntimamente vaciada, desbordándose. Cada pintura la deja exánime y acrecienta su belleza. Frida sabía que en el sufrimiento, en su tragedia personal, podía realizarse. Por eso la hizo su estética y le dio forma pictórica. Con la palabra y con el pincel delineaba su tormenta interior. Y la imagen que la palabra dictaba al lienzo se iba haciendo real, configurándose pincelada a pincelada. Esa era su técnica: palabra pintada, como los artistas de Altamira que trazo a trazo conjuran la obra...

Parecen cuadros pintados por una niña traviesa, sin embargo, no hay ingenuidad en Frida. Era una conocedora de los clásicos y de sus técnicas; su vida con Diego Rivera alimentó ese conocimiento. Sabemos que conoció a los surrealistas, a Picasso y a los mejores pintores de su tiempo.

Un gran talento, la originalidad y la trascendencia de su trabajo la sustentan como una gran artista. Talento que le impidió competir con su compañero, ese gran pintor que fue Diego Rivera; de haberlo hecho, hubiera fracasado y ella lo comprendió: el mimetismo que trae la vida en pareja se debe combatir, porque de lo contrario se convierte en una negación. Rivera siempre la reconoció como una excelente pintora, con un estilo único y siempre la alentó a pintar; al igual que lo hiciera el maestro Picasso cuando conoció sus trabajos, o el mismo André Breton. Frida, siendo fiel consigo misma, en lo que fue más fiel fue en su forma de pintar. Ese papel de ser “la esposa de un gran pintor” como a veces decía, se revelaba contra su naturaleza creativa. Estar a la sombra no la hacía feliz y la animó a hacerse grande. Sabedora de esta verdad, fue haciendo una obra callada que en su momento no tuvo mayores elogios, aun cuando El Louvre adquirió uno de sus cuadros. Frida Kahlo se bastaba a sí misma: su arte la ha sobrevivido. Vivir con el pintor Diego Rivera fue una circunstancia más de su existencia; recordemos que él no le enseñó a pintar, sin olvidar por eso que el estilo de Rivera estaba presente en ella. Lo auténtico de Frida fue que supo reconocer la influencia y no la imitó. Optó por generar después una temática tan

particular que nos lleva a afirmar que sus cuadros son su diario más original. Junto a Diego Rivera, que para ese momento era un caudaloso río, el pintor más famoso de su tiempo, ella fue un hilo de agua que abundó sola hasta llegar al mar.

Por qué tanta sangre en su obra, nos preguntamos, como si su vida hubiese sido una hemorragia incontenible, un ritual azteca de sangre, sangre, sangre. Véase el cuadro *Unos cuantos piquetitos* (1935). La sangre y la muerte en México son símbolos cotidianos –recordemos la masacre de estudiantes en la Plaza de Tlatelolco, catorce años después de su muerte–. Pensamos que en profundidad su obra es una alegoría del sufrimiento de su pueblo, manifiesto físicamente en ella. Exaltaba en la pintura la sacralidad de la sangre, como la expresión máxima del dolor físico y espiritual, como la objetivación del sufrimiento... Sangre, río que nos conduce a la muerte... ¿Qué es la sangre para la mujer? ¿De eso se trata acaso la obra de Frida?... “La sangre salida de nosotras –parece decir ella– muestra nuestro interior, evidencia que somos mujeres y que no hay hijos y que la espera fue inútil, sin fruto, y el púrpura nos asusta como la sangre del aborto que es oscura, que nos dice que no es sangre buena, y luego queda ese vacío”. Nadie manifiesta tanto su esencia como el ser femenino con su sangre.

Interpretando el conjunto de sus cuadros, se podría decir que Frida ubicaba en el útero la energía femenina, la sutileza de lo intuitivo y conciliador; el vientre como punto de conexión con el universo, el lugar generador. Ser mujer le era grato. F. Luna, era el nombre clave que daba a su menstruación...

A Frida le gustaba estar rodeada de amigos y amantes, loros, perros y monos; amaba intensamente los árboles, el arte, las piedras y las múltiples formas que adopta la naturaleza; sagrada era su mirada para con las multitudes pobres del mundo. Observaba profundamente a todos los que conocía, era apasionada e intensa en su trato. Comentan que su magnetismo causaba envidia, ella esplendía en las reuniones que se iluminaban con su sola presencia, particularmente cuando se presentaba adornada de brazaletes, collares, zarcillos y con la vestimenta de campesina típica mexicana. Esa exuberancia en el vestir le permitía poner límite a las miradas que pretendían escrutarla.

El sufrimiento físico fue su vía crucis, y el tema principal de su obra. Conquistó con estoicismo feroz, como parte del ser mexicano ante las adversidades, ante las desgracias, su comprensión del dolor y la muerte... porque nos vamos muriendo de a poquito, de a pedacitos. El accidente le despertó temor y miedo a perder siempre, lo que lamentablemente se le hizo realidad con sus tres abortos que le negaron la maternidad; esas pérdidas eran gritos en silencio de no poder sentirse ocupada, razón por la cual consideraba cada una de sus pinturas como un dar a luz. El no poder parir la hizo darse cuenta de que jamás podría hacer partir un ser desde sus entrañas. Luego la amputación de la pierna derecha fue la expresión más terrible de la pérdida, y se hundió en la agonía.

Frida Kahlo se sentía siempre insatisfecha por todo y con todos. Como si no terminara de hallar su espacio, una continua congoja la paralizaba o la conminaba a la crisis; sufría una inestabilidad angustiante, una lucha a muerte contra un ego fatuo inaguantablemente burlón que quería no se sabe qué cosa. Parecía poseer un alma de Arlequín, un ser confuso, así se sentía... Obra tan extraña la de Frida, tan extraña...

Se consideró burlada por la vida: no logró ser madre, mujer única amada, ni sentirse saludable. Toci, la diosa azteca de la salud, le hizo una mala jugada, nunca le fue propicia. Frida significa "paz" en alemán, lo que ella al parecer no disfrutó jamás.

IV. JESÚS

(AÑO 749 DE ROMA / AÑO 4 A. DE N. E.)

Cuarenta días con sus cuarenta noches vivió en el desierto, haciéndose todas las preguntas posibles, enfrentándose a los demonios, al peor de ellos: el poder... En ese retiro necesario hubo siempre una luna llena que acompañó sus noches, como la madre que protege al hijo.

Tiempo después, una mañana, se le ve meditando en el Monte de los Olivos. Jesús pensaba el significado de lo que vio aquel día, cuando al lavar su rostro en el aljibe notó que el agua que tenía en sus manos era sumamente cristalina, como luz líquida, y se iba por un canal refulgente que solo él veía, en marcha hacia el infinito, hacia la divinidad; como si el agua con la que se enjuagaba asumiera la forma de su ser y lo incorporara en la luz del universo. Luego, de vuelta al templo, y sentado frente a los escribas y los fariseos –de cuya visita había soñado la víspera–, posó sus ojos serenos sobre los de aquella mujer malmaridada que trajeron frente a sí. Escuchó la acusación, y fue entonces cuando inclinándose hacia el suelo escribió por primera vez en la tierra (*) con el dedo índice, signador del yo, el temor y el miedo.

(*) Supe, al leer a Borges, que Jesús había escrito una sola vez en su vida, por la lectura que el escritor hace de san Juan 7, 53

Ella, la mujer denigrada, fue la única que posó la mirada sobre el escrito. Luego él, incitado por los acusadores, sentenció y se inclinó de nuevo para continuar escribiendo. Mientras esto hacía notó que los pasos antes llegados atropelladamente se alejaban con vergüenza. Al no sentirlos más, levantó su rostro divinamente iluminado, miró de manera intensa y por segunda vez, aquellos ojos avellana, aquella faz cobriza, aquel vientre apenas cubierto por un tul de Damasco. Él, que había curado lunáticos en Galilea (Mt 4, 24), la perdonó por haber amado demasiado, y supo que ella, la absuelta, había leído en los granos de arena su angustia vital: “El demonio me atormenta, sólo el amor me salva”.

V. TRUMAN CAPOTE

(1924 - 1984)

El mimetismo trágico

Era como un camaleón fascinante que apuraba sus pasos cuando incursionaba en las fiestas, llenas de multitudes tímidas saturadas de culpas. Su mimetismo y simpatía le permitían penetrar y adherirse a todos los lugares, y ser el sosías de un borracho, de un diplomático hipócrita, o tener la luna en el alma al escuchar un solo de trompeta interpretado por un negro en Brooklyn. En New York, su ciudad, se convertía en rabino, *businessman* en Wall Street, meretriz o fanático predicador, de ser necesario, organillero. Supersticioso, jamás se transfiguró en monja, numero trece, rosa amarilla o mirada de sarcasmo para el humilde; nunca, nunca se pudo mimetizar a sí mismo.

Cuando ansiaba los escondidos secretos de los otros, solía pasar inadvertido y asimilar gestos, respiraciones, haceres y opiniones. Al sentir resistencia de alguien, forzaba y forzaba hasta proyectarse como un ectoplasma mucilaginoso, para luego recorrer el laberinto íntimo preñado de angustias, urdido de fobias y succionar así los temores y deseos. Era él y otro, un extraño y zoomorfo sujeto que paladeaba con su larga lengua viscosa las confidencias que tanto apetecía. Se pegaba sin poderse controlar, como una ventosa, al cuerpo de las personas, a sus misterios, a los objetos que pueblan las casas, al sexo escondido de cada invitado en aquellas reuniones

en donde era asiduo visitante... La voz de los otros la hacía su voz, la piel de una hermosa dama pálida era su piel, y de ella extraía los olores de los cuerpos y el nombre de aquellos que la habían poseído, o degustaba el zumo del último ácido secretamente pinchado. Sabía cómo arrancar las claves a las confesiones personales. Traducía las marcas dejadas en las habitaciones forradas de suntuosos papeles aterciopelados o de amarillentos afiches, desordenadas de sábanas blancas, corchos húmedos, pijamas de seda y de repletos ceniceros abandonados. Dominar las intimidades era su angustia vital, su placer. Escribirlas magistralmente, hacerlas públicas, era la mejor catarsis que conocía. Truman Capote, pintó, bailó, hizo teatro, mas siempre sus libros eran esperados, ansiosamente leídos.

Se retiraba a sus dominios en día viernes a gozar su colección de haberes, con el placer que siente un niño cuando observa sus riquezas secretas, sus logros callejeros. Tanto se fundía con el medio que, al soñar, recordaba como en cámara lenta, los lugares, seres y cosas a los que había robado su intimidad. Soñaba así para despojarse de todas esas presencias, mientras el seductor Morfeo lo esperaba alegre para jugar al escondite. Con la misma intensidad sintió el juicio, el encierro y los estertores agónicos cuando la soga quebró los cuellos de Richard Eugene Hickock y Perry Smith, Dick y Perry, los dos asesinos de su novela *A sangre fría*. Vivió y murió con ellos... no pocas veces se estremeció de terror, placer y angustia.

De niño fue adulto, y de adulto un niño revoltoso, impertinente lo habitaba... El dios Baco lo visitó temprano y lo acompañaba, mostrándole los racimos de dulces uvas efervescentes, para que abandonara la abstinencia y hacerlo su compañero de viaje hasta la muerte. Con el tiempo fue un camaleón descolorido, tambaleante, chismoso e impertinente, que apenas se lograba colar en las reuniones sin ser bienvenido. Había perdido la habilidad de leer los rostros, la comisura de los labios, el habla de las manos y las miradas de horizonte de los marineros que otrora estaban llenas de abundantes olas para él. Con la mano metida en el bolsillo izquierdo del pantalón de lino blanco, tocaba sin cesar una piedra dionisia que, allende los mares, le regalara un isleño griego para que remediara la embriaguez.

Un día se le vio caminar hecho un pegote y recibir sórdidos saludos de todos aquellos que le brindaron alguna vez sus confianzas. Él, que siempre se ocultó a los otros, entregó únicamente a Baco sus íntimos secretos.

In vino veritas

VI. PAQUIRRI

(1948 - 1984)

El triunfo del Minotauro

Muere en la que pensó iba a ser su última corrida –como asombrosamente lo fue–, en el pueblo cordobés de Pozoblanco. Nació en Zahara de Atunes, y se crió en Barbate.

El toro que mata a Francisco Rivera “Paquirri”, lleva por nombre “Avispado”. Era el cuarto toro, el segundo de su lote y el último de la temporada española, marcado con el número 9, y de color negro; parecía un bisonte.

Paquirri se encomendó esa tarde a la Virgen de Luna, la alcaldesa honorífica de Pozoblanco (Rappel, 1994, p. 267), y al terminar la invocación posiblemente dijo:

En este círculo de arena y sangre en el que me muevo, en este coso, deseo ser el toro y su bravura... el animal intenta bañar siempre sus cuernos con mi sangre... casi nos fundimos; ¿y es un toro con cuerpo de hombre lo que yo veo, o es mi cuerpo con cabeza de toro?... He de envolver la bestia con verónicas y molinetes para conjurarlo, y a la muerte que está oculta en sus pitones... te sé, monstruo, dentro de mí.

De niño, y cuando la luna anidaba en el firmamento, como la perla más grande, soñaba que se perdía en un laberinto y se to-

paba con el Minotauro. Era un sueño que se repetía noche a noche: extraviado en frías galerías que se curvaban infinitamente, intentaba escapar de la bestia que casi lo alcanzaba; una hendidura en la pared o una puerta de repente abierta lograba salvarlo del acoso angustiante. Interpretando el sueño comprendió que sería torero para poder lidiar con la hora suprema; pensó que venciendo a la mugiente fiera alcanzaría una larga vida y disfrutaría una vejez saludable. Desconocía que los hijos de los dioses y los que poseen el duende, mueren jóvenes y que, aun cuando se hizo un verdadero maestro en el arte del toreo y aprendió después de mucho estudio a dominar la vertical que somos sobre la horizontal que es el toro, su hora llegaría en el segundo en que posara los ojos en los de la fiera y sintiera temor; ese instante llegó... y, lo perdió.

Esa tarde en la plaza de Pozoblanco vio –en el vacío de esa mirada bestial– cómo el tiempo se le detuvo, y recordando unas palabras de Borges, dijo con cansancio: “Nos buscamos los dos. Ojalá fuera/ éste el último día de la espera”. Paquirri vio su sueño en ese momento y la distracción le ganó la muerte... Parecía buscar en el tiempo su camino, pero ese es otro laberinto, como también diría Borges. Tuvo pánico, el animal lo olió y no le dio tregua: un pitón voraz hizo de la carne sangre... Paquirri no pudo ahormar al toro avisado, ya el animal le había dado dos avisos, en el tercero las agujas maltrataron una y otra, y otra vez tanta valentía; el toro afincó su mano izquierda en la arena y corneó con saña, hasta que la sangre brotó a torrentes; hombre y bestia manaban sangre, pero el animal terminó triunfando en la plaza sin recibir los aplausos, sino el frío silencio del público por la pena de saber que no siempre vence el torero; y es cuando recordamos, como dijo Antonio Rivera, el padre de Paquirri –en entrevista televisada–: “Que nadie olvide que las plazas las llena el muerto”. Fueron segundos en los que también moríamos; la fiera lo hirió en el muslo derecho y le cercenó la arteria femoral... largos, dolorosos segundos en los que el gran torero se convirtió, ante nuestra vista, en un guiñapo humano por la embestida de un cuello poderoso que se desquita con furia de la hemorragia que le brota del morrillo... A lo lejos, la espada toledana parece inútil. Lloramos y lloramos presintiendo que la herida se hacía verde en su traslado por el callejón.

Se dice que cada vez que un torero recibe una cornada, la voz de García Lorca se deja oír como un murmullo, y su poema, *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, nuevamente tiene sentido... En esa tarde del 26 de septiembre de 1984, las lágrimas germinaron por Paquirri y por su sangre derramada: “*Eran las cinco en punto de la tarde/ Un niño trajo la blanca sábana/ **a las cinco de la tarde...**/ El viento se llevó los algodones/ **a las cinco de la tarde..**/ Y un muslo con un asta desolada.../ Comenzaron los sones del bordón.../ Las campanas de arsénico y el humo.../ En las esquinas grupos de silencio.../ ¡Y el toro solo corazón arriba!.../ Cuando el sudor de nieve fue llegando.../ cuando la plaza se cubrió de yodo.../ la muerte puso huevos en la herida/ **a las cinco de la tarde./ A las cinco de la tarde./ A las cinco en punto de la tarde.**”*

“*Un ataúd con ruedas es la cama.../ Huesos y flautas sueñan en su oído.../ El toro ya mugía por su frente.../ El cuarto se irisaba de agonía.../ A lo lejos ya viene la gangrena.../ Trompa de lirio por las verdes ingles.../ Las heridas quemaban como soles.../ y el gentío rompía las ventanas/ **a las cinco de la tarde./ A las cinco de la tarde**” ...*

Y Paquirri, el torero valiente, en la desguarnecida enfermería, ofrecía su carne al bisturí para ganarle a la muerte. “Tranquilos –dijo con temple– que ya he tenido muchas cornadas y sé de qué va esto. No va a pasar nada”. De súbito, el diestro entró en delirio y la palabra del poeta granadino le visitó su mente... “¡Que no quiero verla!/ Dile a la luna que venga, que no quiero ver la sangre de Ignacio sobre la arena... ¡Que no quiero verla!” ...

Partió Paquirri, el que juntaba en su capote la potencia de los toros, la fuerza animal, el vendaval que pasa con la muerte. Lidiaba como sólo saben hacerlo los maestros taurómacos, que rinden la bravura del animal con el arte del movimiento con garbo e inteligencia.

La noticia dice que falleció en la ambulancia que lo llevaba al hospital de Córdoba, y eran las diez menos veinte de la noche.

Al morir ya no deambuló más por el laberinto interior y logró solucionar su caos... tal vez en su último momento supo que en el centro del laberinto estaba ella, Isabel, la que le había dado –como Ariadna le dio a Teseo– el secreto para lograr el camino de la felicidad.

VII. LEWIS CARROLL

(1832 - 1898)

La pedofilia estética

Las risas festivas de sus siete hermanas se le aparecían por todos lados, recordándole el *voyeur* que fue cuando las espiaba por el ojo de la cerradura lleno de curiosidad infantil. Ellas eran imágenes de su interioridad, por eso quiso disfrutar a todas las niñas del mundo. Le atraían las de mirada seductora y coqueta, cuyos cuerpos se figuraba desnudos como pasionarias florecidas.

Gustaba fotografiarlas en ademanes sugestivos, con sus insinuantes hombros desnudos, en posturas sedentes o abandonadas sobre un holgado *kliné*. Detrás de la lente veía despuntar a la niña mujer que, eternamente lastimada, desea liberarse de aquellos que la obligan a ocultar su inocente cuerpo infantil.

Solía pasear tomado de aquellas manos ingenuas, por eso su afición a perfumar sus largos dedos con agua de rosas. Cuando se retrata entre las niñas se hace el centro de esos cuerpecitos menudos, y logra mucho placer acariciándolas con sus manos de color nevado, como pastel de cumpleaños; fiesta que a veces celebra sin motivo, el *no cumpleaños* –diría él– sólo para divertirse junto a ellas y poder besar, besar y besar esas mejillas acarameladas. Siempre esperaba el sí de las niñas.

Al verlas jugar a la ronda, alborozadas, sabe que ama esos cuerpos tibios y oye con nostalgia el canto de sus juegos, antaño prohibidos para él:

Here we go round the mulberry bush, the mulberry bush,
the mulberry bush. Here we go round the mulberry bush, so
early in the morning.

This is the way we wash our clothes, the mulberry bush, the
mulberry bush,

Here we go round... mulberry, so early in the morning.

This is the way we iron our clothes, the mulberry bush, the
mulberry bush.

Here we go round ... mulberry, so early in the morning...

Vamos rodeando la mata de mora, la mata de mora, la mata de
mora, vamos rodeando la mata de mora, temprano en la maña-
na.

Así lavamos nuestra ropa, la mata de mora, la mata de mora,
vamos rodeando la mata de mora, temprano en la mañana.

Así planchamos nuestra ropa, la mata de mora, la mata de mora,
vamos rodeando la mata de mora, temprano en la mañana...

Permanecía horas enteras fantaseando sobre su cabal-
lito de madera, o abstraído en su riguroso laboratorio matemático,
entre sinusoides, hipérbolas, parábolas, laberintos de browniano
movimiento o teorías del *nonsense*: el imaginario cálculo del ab-
surdo, las cosas sin sentido, la brillante lógica del “caos” infantil,
los mundos imposibles. Era un matemático, pensador de realidades
virtuales. Vivir rodeado de niñas al igual que el poeta griego Alc-
mán, era su pasión, y como él, gustaba cantarles.

Entre experimentos y con la positividad euclidiana de la
que era capaz, supo que matemáticamente no podía detener el
crecimiento de las niñas –al igual que sabía con toda certeza que la
poesía, la música y las matemáticas se fundan en la imaginación–,
por eso dibujaba y fotografiaba a sus amiguitas incansablemente,
intentando fijarlas para siempre.

Cuando empezó a meditar con rigurosa lógica el mundo
de los niños, supo que se traicionaba, sintió la muerte y se dio a
crear un arma contra ella... Llegó a la conclusión de que aun cuan-
do existiera una historia de las armas que el hombre ha opuesto
a la muerte, la única arma conocida para enfrentarla es la libre
fantasía.

Con el escalpelo de su imaginación hizo en su País de maravillas una autopsia verbal al lenguaje “pulcro” de su tiempo y lo iluminó de equívocos, como hacen los niños. Cuestionó la hipócrita pacatería de la Inglaterra victoriana que engendraba con toda su opulencia, hombres-niños-neuróticos que gritaban –en el encierro de sus habitaciones o desde las grutas de las horrendas minas de carbón– sus deseos y sentimientos más auténticos; esa sociedad hacedora de los Jekyll & Hyde; de Jack El Destripador y de los asesinos en serie. En sus libros, absurdos como un juego de “ajedrez onírico”, fustigaba la racionalidad y las costumbres de un entorno moralmente falso; por eso sus personajes dicen lo que quieren, cuentan los secretos de la luna porque están alunados, son fantásticamente inocuos y nadie los toma en cuenta; y si se ven en peligro desaparecen o se esfuman como el sonriente Gato de Cheshire que se burla de la vida, de la locura del buen sentido, del autoritarismo lógico y de los predeterminados caminos humanos.

Cierto día, intentando atrapar la imagen -¿su imagen?- de la petite Alice Liddell, su pasión victoriana, desvió el camino y se adentró en interminables tules, rizos, pies descalzos o calzados con botines de sugestivo charol; miradas melosas sobre barquillas de chocolate, rasos encajes, sedas, muñecas de pálido color y dientes pequeñitos; diminutas medias de algodón, peinetas y cintillos floridos, guantecitos, caperuzas y pantaleticas de suaves tonos: todo para armar su propio teatro de marionetas.

Como Alicia bajaba, *bajaba, siempre hacia abajo...* como buscándose en sus profundidades.

¡Alicia soy yo!, exclamaría un día frente al espejo transmutante. Por eso ideó un País de maravillas y allí se fue a vivir con ella cuando el conejo de su alquimia le dijera: “Desciende a tus abismos y observa que tu amor a las niñas se refleja diferente... ahora asciende, asciende y no mires detrás de ti...”

VIII. SALVADOR DALÍ

(1904-1989)

La vida como una obra de arte

Su cuerpo era el lienzo en el que daba forma a su excéntrica vida. Esa rara conducta que esgrimía frente al público con ese opulento yo, aparentemente nada humilde, no era más que la expresión de un ser extravagante que en su interior enfrentaba una lucha cromática y de formas que invadían todas sus moléculas de hombre sensible.

Es el pintor que hace visible lo invisible. Arte era toda su vida: diseñaba su ropa, sus muebles y logró construir su museo particular. Escribía de su diario hacer, y como cineasta dio vida y movimiento a ciertas imágenes imposibles en la película *Un perro andaluz*. Construyó su propio mito y fue el héroe; Gala era la heroína que lo hacía alucinar.

André Breton, el padre del surrealismo, lo apodó “Avida Dollars”, para cuestionar su excesivo gusto por el dinero; moneda que el pintor consideraba una bendición fútil y a la cual no le rindió culto. El dinero era para Dalí una de esas falsas abstracciones sin valor estético, como todas las formas de la vacía sociedad de consumo. Justamente por saber que el dinero –como el poder– proviene de Plutón, de los infiernos más profundos del ser, de donde nos es dado el placer y el castigo, jamás se dejó obnubilar por el oro. El pintor murió pobre y se sabe que en su vida sólo amó a Dios, a Gala y a Dalí.

Como Borges, fue precedido por “otro”, y por eso luchó por hacerse único. La imagen de su hermano muerto un año antes de que él naciera, el recuerdo de ese niño de casi dos años, lo acompañó hasta el fin de sus días; porque ser querido por sus padres a través del recuerdo del primer Salvador, lo condujo a la exacerbación de su yo para lograr hacerse a sí mismo. Consideraba que llamarse Salvador, al igual que su hermano muerto, era demasiado. Se entiende así, por qué toda su vida fue una lucha por hacer de Salvador Dalí a Dalí, que en catalán quiere decir deseo. Desde niño se inventó su propio oráculo, al que consultaba de su destino. “Conócete... luego sé tú mismo”, fue la respuesta que siempre oyó. De ahí su excentricidad tan auténtica, lejana de imposturas.

Dalí practica la oniromancia, es decir, se detiene a interpretar sus sueños. Cuando soñaba quería ver cada uno de sus cuadros. Y ese era su secreto, pintar sueños hechos a todo color, sueños en cinemascopo. Miraba el mundo al revés para no perecer en la acomodaticia y metódica realidad aceptada; de niño le gustaba levantar la piel del mar para saber qué vivía bajo la húmeda sombra. Con sus pinturas tan fantasmagóricas, siempre nos está diciendo que no temamos mostrar lo extraño que existe en nosotros, sentirlo, manifestarlo, y si es de manera artística mejor.

Lo que Freud teorizó, escribió y formuló del hombre, él lo hizo pintura. Y todas las propuestas del psiquiatra acerca de la neurosis, consideraba que estaban en él, y se creía un neurótico, y por eso su obra es un delirio. Esto lo llevó a nombrar a su método de trabajo “crítico-paranoico”, que se basa en la espontaneidad irracional y la creación automatizada que proviene de los recuerdos que duermen en el subconsciente. Dalí quebró el surrealismo cuando se le opuso con su análisis paranoico, y se reveló contra ese movimiento porque al igual que lo hacía su familia, le prohibía su libertad para expresarse; él renegaba de la autoridad.

Arte, obra copiosa la suya –este Dalí tan denso que no me cabe en dos cuartillas– nutrida de abundantes conflictos dalinizados. Me asombra esa hermosa representación de lo onírico plasmado en: *Sueño causado por el vuelo de una abeja* (1944), y en *Naturaleza muerta viviente* (1956). Con *Los relojes blandos* (1931) retó a darle forma al tiempo, ese enigma, esa imposición a la que nos someten

los “filósofos”, para que produzcamos más y podernos mantener así alejados de la libertad del ocio y hacer *nec-otium*, neg-ocio. Para Dalí, el tiempo era como mantequilla sobre un cuchillo caliente.

Su genio, tan únicamente daliniano, rebotaba como una pelota de ping-pong. Todo lo dicho, hecho y por hacer ya existía en la mente de Dalí: la intuición, poder del auténtico artista, tomaba residencia en él a plenitud; intuición hecha de imágenes y sensaciones que hacen de su pintura algo sorprendente. Dalí salvó la pintura contemporánea con sus propuestas, aleccionado por Rafael, Botticelli, Paolo Ucello, Leonardo, Goya, El Greco, Durero, Miguel Ángel, Velásquez y otros...

Él era daliniano... era su única ideología. El arte de Dalí es una ayuda para que el ser se eleve por encima de esta cotidianidad casi aplastante; pensaba que en cada lugar del mundo en que se pudiera debería haber museos, teatros, arte, arte, arte... Y proponía celebrar lo creativo para sacar al hombre de la chatura del mundo consumista y plano y de nuestra tendencia depresiva que nos hace aún más frágiles. Sabía que el arte se enfrenta al poder, el cual jamás ofrece nada humano, nada digno, sólo razón y estadísticas que engendran monstruos. Resulta hermoso y aleccionador que hoy día desfilen más de seiscientas mil personas al año por el Museo de Dalí.

Frente a su obra ponemos cara de asombro, o cierta sonrisa que es el signo del humor que ocultan sus pinturas; y sobre todo solemos sentir desconcierto... Esas obras vapulean constantemente la costumbre de nuestra mirada, nos sacan de la monotonía, nos remueven muy en lo profundo. La obra daliniana nos trastorna. Él era un delirante que se inspiró en Nietzsche, Schopenhauer y Picasso. Sus cuadros son enigmas en los que nos leemos; como si asistiéramos a una galería privada que expone nuestros sueños. Quienes menos toleraban su obra o le maltrataban con sus mordaces críticas, o lo trataban de loco, lo hacían porque las pinturas los tocaban íntimamente. Dalí representa con su obra parte de la compleja alma humana, tan hermosa y horrenda a la vez.

En su Cristo de *San Juan de la Cruz* (1951), esa representación tan auténtica y original, nos muestra la culpa que aún expiamos, cuando vemos desde arriba las espaldas de un Jesús suspendido y

agónico; porque pareciera decirnos Dalí que no nos atrevemos a ver otra vez ese rostro de frente, pues en nuestra cobardía somos sus crucificadores y siempre que tenemos oportunidad continuamos crucificando a nuestros semejantes.

Él se consideraba un médium: era capaz de comprender las cosas esenciales. ¿Qué oculta la naturaleza?, parece preguntarle Dalí a Heráclito, quien afirmó: “A la naturaleza le agrada ocultarse”, y el pintor busca develar el pudor de Natura con sus pinturas alucinantes.

Ser comprendido no era un problema para Dalí; sino más bien sorprender al espectador al mostrarle otra realidad sólo posible de captar sensiblemente. ¿Qué es el mundo?, se preguntaba, y como única respuesta le daba forma a esa problemática con su incansable trabajo diario, con el que expresaba las contradicciones y armonías de su tiempo. La clave de su pintura posiblemente esté en esa obra titulada *Filosofía iluminada por la luz de la luna y el sol poniente* (1939).

Dalí, estudioso de Freud, supo de la interpretación que éste hizo de la obra de Leonardo da Vinci: *Santa Ana, la Virgen y el niño* (1510), en la que el médico vienés observó en la silueta de la túnica verdiazul de la Virgen el perfil de un buitre, imagen que obsesionaba al artista florentino... El buitre, como representación de la madre agresiva (Tovar, 1988, p. 164). Dalí usó de manera consciente este tipo de imágenes dobles, casi hasta el agotamiento, al proponer el objeto invisible, o las imágenes superpuestas que nos sorprenden; o el lienzo bidimensional. También aspira a la búsqueda de la tercera dimensión con sus figuras ambivalentes; y sugiere la técnica del cuadro dentro del cuadro, de la misma manera como intenta las figuras ambiguas en la propuesta de la obra abierta que libere al espectador de la mirada rígida. De esto son testigos sus obras: *Cisnes reflejando elefantes* (1937), y *Cráneo humano compuesto de siete cuerpos desnudos* (1951). También sabía pintar, con toda la ternura que le era posible, y con el realismo más profundo, elementos que amaba desde su infancia y lo expresa en su pintura: *Cesta de pan* (1945); el mejor trozo de pan jamás pintado, como si fuese el mismo que tocara Jesús en la multiplicación.

Dalí será eterno por ese deseo de querer fracturar el racionalismo que yugula la imaginación. Él consideraba que un artista auténtico no debe inventar máquinas para asesinar, ni sofisticados aparatos para la destrucción planificada. No. El artista existe para recrear lo que la naturaleza sugiere. Eso es el arte, un esfuerzo del espíritu humano... Un poeta no puede lastimar a un niño... No se debe vender la razón como método, como norma de vida, como la certitud, sólo con el fin de eliminar la sensibilidad creativa que es la naturaleza de la libertad. Nadie puede dudar ahora que la razón es sinónimo de caos, verdad de este siglo y hasta bien entrado el próximo milenio... Sobran las explicaciones porque los resultados afectan a la vista y a los sentimientos: hambrunas, guerras sofisticadas, daños ecológicos irreversibles hechos con aparatos y productos científicos, segregación racial, genocidio...

Dalí pensaba el mundo en que vivía y luego pintaba, pues quería plasmar en sus obras las ideologías, formas de la ciencia y caos que en su momento sepultaban a los hombres. De esto nos hablan sus obras: *El rostro de la guerra* (1940); *Idilio Atómico* (1945); *Leda Atómica* (1949); *San Jorge y la doncella* (1970), en donde el santo, más que con una lanza, ataca al dragón con una especie de rayo láser.

Al igual que su amado García Lorca, cuando visitó Nueva York, supo ver el rostro inhumano que se perfila en las colosales sombras de los *buildings*, de esos inmensos rascacielos que proyectan una inmensa soledad. Modelos de las urbes consumistas. Dalí parece decirnos que cuando del mundo natural no quede nada, ni siquiera el humano que todo lo destruye, entonces sólo quedarán esas delirantes alucinaciones que pueblan sus lienzos: osamentas, excrementos, vehículos enmohecidos, yermos espacios, insectos voraces, rostros desfigurados, zapatos femeninos, pianos desinflados, macrocefalia, panes, panes, panes, vestidos, pechos, peces en descomposición, torres fálicas, nalgas...

El día que Gala lo visitó por primera vez en 1929, la ausencia del amor terminó, y con presentimiento cantó jubiloso al estilo Dalí: “Sin saber que existías te deseaba, y antes de conocerte te adiviné, llegaste en el momento que te esperaba, no hubo sorpresa alguna cuando te hallé...”

Existen dos momentos en la vida creadora de Dalí, si fuese necesario dividir su obra: antes de Gala y después de Gala. Y la razón de esto es que con ella conoció el nirvana creativo, cuando ella le dijo, parados frente al mar de Cadaqués: “*Niño mío, jamás te dejaré*”. Palabras que esperaba el amante de la amada y que se cumplieron hasta la muerte de su compañera en 1982. Él jamás se perdonó sobrevivirla, pues nunca supo cómo pintar su honda soledad; el pintor vivió lo justo para cerrar el círculo íntimo de su ser, de su plenitud: su pincel, entonces, se detuvo, y, al retomarlo, ya no se humedeció igual. Dalí hizo de Gala el eterno femenino, la inmaculada mujer para todos necesaria. Por eso dijo: “La pintura es la imagen amada que entra por los ojos y se derrama por la punta del pincel -y el amor, ¡es lo mismo!” frase con la que expresa su arte poética (Dalí, 1996, p. 216).

Dalí amaba el claro de luna sobre la Bahía de Cadaqués y escribió en su libro *Vida secreta*:

Conozco aquí hasta el último rincón, la forma de cada bahía, los cabos y todas las rocas. Aquí ha tenido lugar mi educación erótica y sentimental, sólo yo conozco el paso de las sombras al correr el día, su angustioso avance sobre las rocas, hasta la aparición de la cérea luz de la luna.

Cuando sintió que su hora había llegado, esperó a la muerte con el pincel sobre el lienzo, intentando pintarla, pero antes firmó la tela para probar su autenticidad y poder exclamar “Dalí, el único que pintó la muerte”.

IX. JORGE LUIS BORGES

(1899 - 1986)

Vivir para leer, para escribir...

Los libros lo atraparon hasta sumergirlo en absolutas fantasías: leer era una de las maneras que tenía de vivir, su mejor actitud frente a la incertidumbre, a esa falta de certeza que nos consume, porque nos cuesta aceptar el mutismo con que nos mira el mañana. Nadie como él para evadir los insípidos haceres diarios y el cansancio de tanta realidad inútil.

Borges nunca pretendió decir nada nuevo, sino que comprendió que debería reescribir lo ya dicho. Había heredado el alma de un escribano, de un amanuense. Por eso profesaba el sagrado respeto por el libro y por la letra... En un sueño que tuvo se vio parado en el balcón de su habitación contemplando un hermoso jardín, y se vio coleccionando orquídeas, antiguas cajas de música y bibliotecas en miniatura llenas de incunables y obras príncipes, escritas en todos los idiomas. En el mismo sueño soñó que tenía tatuado en el pecho, en color azul y oro, un antiguo poema hebreo en el que se leía la razón de su existencia... y vio también su imagen paseando por las calles de los añejos barrios de Buenos Aires, disfrutando la algarabía de la gente y con un ejemplar de su libro *Luna de enfrente* alumbrándole el oscuro bolsillo del abrigo...

Pensaba en la existencia de un libro único y esa idea lo apasionó. ¿Podrá escribirse un libro singular que contenga el uni-

verso? se preguntó muchas veces; porque sabía que el universo es un inmenso libro en el que todo se puede leer. Escribía en secreto un libro cuyo contenido era colocarle nuevos nombres a los objetos cotidianos, pues su mirada alucinante convertía las cosas de su entorno en otras cosas y con nombres y usos diferentes. Comprendió la manera como Cervantes fue atrapado por el laberinto verbal y lo trascendente de sentir fantasmiosamente la realidad... metaforizar es la mejor manera de existir.

El día que agotó los objetos del mundo, la ceguera vino en su ayuda; sólo así podía imaginar más formas de lo ya visto y abarcar la otra dimensión que nos está vedada. De esos viajes fantásticos quedaron sus breves historias. Ciego, entonces, dejó de leer para enfrentar su destino, pero se dio cuenta de que su mente recorría las páginas de los libros que recordaba y empezó a leerlos de memoria, luego hizo que se los leyeran en voz alta y obtuvo paz. La ficción ancló en él hasta vaciarlo de toda realidad y pensó que el mundo real existía en forma de letras. Se sabía el Caballero de la Triste Ceguera que escribía el alegre juego del universo con un humor que amaba. Dijo ser feliz por no haber sacado, tocado, ni leído nunca fotocopias, esos clones de papel.

Cuando descubrió el Aleph, esa especie de espejo mágico, en donde los alquimistas dicen se refleja el universo entero y se ve el pasado, el presente y el futuro, no le quedó nada más por conocer. Una verdad le había sido revelada: el estornudo de una ventana golpearía su cabeza y nunca más tendría el placer de mirar íntegramente el universo, la ceguera lo invadió. Quienes lo conocieron después del suceso, notaban que sus ojos no miraban el presente, nunca estaban aquí; sino que reflejaban las imágenes de las Eras, la sabiduría que perdimos, las abundantes aguas de los ríos que extrañamos, los juegos infantiles con sus cantos y el alucinante misterio de las continuas repeticiones de la naturaleza.

Llegó al entendimiento de que si al principio fue el Verbo, entonces fuimos originalmente nada más que palabras, sonidos armoniosos, música, canto, cadencia, un rumor supremo, menos cuerpo. “Jamás hemos existido físicamente –pudo haber dicho–. Es posible que sólo seamos la idea de alguien que nos piensa y que si dejara de hacerlo desapareceríamos como pompas de jabón... Somos el eco

de Dios. Al morir dejamos apenas el nombre que permanece en el recuerdo de quien nos extraña, o el nombre que queda en los libros en donde nos registran para reconocernos... El día que desaparezcan los libros nadie sabrá de la existencia de nadie. Cómo sabremos de lo ya existido si no lo leemos... No existimos, las palabras nos hacen existir, y desapareceremos cuando alguien nos borre”.

Borges participó como personaje en sus propias narraciones; quiso ser un relato alucinante. Era el interlocutor de sus historias y llegó a confundir al Borges que escribía con el Borges que leía... Jamás se quiso traicionar y engañar a sí mismo, fue siempre muy auténtico, y afirmaba con mucha seriedad cosas que estremecían a los falsos “progresistas”: “traicionar al ser humano es indigno, y es traicionar a todos los hombres”.

La sensación de sentirse otro lo abrumaba y en los espejos buscó esa imagen que lo miraba sigilosamente: con el transcurrir de sus años los espejos le devolvían, mirada a mirada, la imagen de su padre ciego, Jorge Guillermo Borges.

Rodeaba con temor los charcos que forman las aguas estancadas en el piso de las plazas y que reflejan el cielo y las nubes. El pánico le hacía perder la compostura... temía caer en el vacío inverso... Incansablemente leía a Lewis Carroll para hallar la clave con la que éste hizo que Alicia atravesara el espejo. El enigma lo atormentaba, y una mañana, calmó su angustia, pues como el Golem –aquel ser autómatas que caminaba torpemente, privado del don de la palabra– se levantó con la palabra hebrea EMET, que significa verdad, escrita en su frente, y al mirarse en el espejo nuevamente la palabra perdía la E primera y se leía MET, muerte. Otro espejo le dejó leer TEME. Y cauto como era del arcano del lenguaje decidió no profanar más los misterios verbales, ni el mundo líquido de los espéculos.

Borges sentía la muerte cada vez que leía la última página de un libro. Para vencerla, inmediatamente abría otro y daba inicio a una nueva lectura. Alejaba la hora final leyendo; por eso deseaba hallar el libro infinito cuya naturaleza llegó a conocer y no reveló... Sé que está en los títulos de sus obras que hablan de rosas, laberintos, tigres, monedas, patios, cifras, trucos, arrabal, calles rosadas, barrios, puñales, infamias, viudas, cicatrices, olvido, espejos, lunas, jardines,

sectas, bibliotecas, ruinas, brújulas, hambre, inmortalidad, bifurcaciones, sueños, parques, arena, un libro, el libro, suicidas, gatos, oro, ciegos, sombras, Homero, Cervantes, Heráclito, fugacidad, noches, memoria, coyote, duelos, promesa, mar, enamorado, instantes, Poe, Él, otro, Borges, hacedor, murallas, refutaciones, alguien, nadie, prólogos, uñas, insomnio, suma, traición, ceniza, Cristo, muerte, César, espera, flor, eternidad, tiempo, tiempo, ¿tiempo?...

Tenía la certeza de que todo puede ser imaginado, y así comienzan las cosas a existir, a ser posibles. Amó al filósofo Plotino, cuando pudo comprender por qué éste afirmó: “Cada cosa es todas las cosas”, y más lo admiró cuando él, Borges, logró decir: “Lo que hace un hombre es como si lo hicieran todos los hombres... Yo soy los otros, cualquier hombre es todos los hombres”.

Una noche pensando en hallar la palabra que nombra todo, que lo contiene todo, dijo: “En las letras de rosa está la rosa /Y todo el Nilo en la palabra Nilo”.

Soñó que alguien lo soñaba, y soñó que al igual que Shakespeare y Dante, Dios le habló así:

Borges eres verbo, de palabras está hecha tu esencia, eres un alfabeto divino. Búscate en las bibliotecas, en las entrelíneas de los textos, allí te hallarás. Un día el zumo que eres alimentará la tierra, y serás papel y escrito, y te amarán las letras; o como pergamino sentirás la sombra del escriba que guardará una y otra historia sobre ti. Recuerda, sólo los humildes trascienden... ya eres inmortal...

Él sabía de la verdad espiritual que rodea al hombre y que la escritura es una de las maneras de llegar a ella. Decía que cada idioma es una tradición literaria y poética, y bellamente conferenció en París:

Yo no estoy seguro de que la palabra *lune*, por ejemplo, en latín, en español, en italiano, en portugués o en rumano sea la misma palabra que la palabra *lune* en francés. La palabra *lune* es más fina y además es una sílaba, como esa palabra inglesa, muy larga, *moon*. Todas esas palabras no significan lo mismo, todas esas

palabras corresponden a una literatura anterior, es decir, si digo *lune* hay que pensar que la palabra ha pasado por Verlaine, que la palabra *moon* ha pasado por Shakespeare y que la palabra “luna” ha pasado por Virgilio; entonces cada lengua es una tradición.

Como también sabía que poco o casi nada escribió del amor; la vida ya le había enseñado que el ser humano parece incapaz de amar, porque cuando lo intenta teme, maltrata y se aleja. Sin embargo dejó escritas estas bellas, hermosas, sentidas, únicas palabras que no dejo de leer una, y otra, y otra, y otra vez: “Uno está enamorado cuando se da cuenta de que otra persona es única. Yo he pensado alguna vez que quizá una persona está enamorada cuando ve a la otra persona como Dios la ve, es decir cuando la ve del mejor modo posible.”

Borges deseaba que sus cenizas abonaran los rosales de una calle de barrio, o que las esparcieran sobre el paraje en donde se supone estuvo la Biblioteca de Alejandría. Pero se quedó en Ginebra donde un día fue feliz... Segundos antes de dejarnos, pensó: “Quizá del otro lado de la muerte sabré si he sido una palabra o alguien”.

X. BAUDELAIRE

(1821 - 1867)

Ser siempre poeta, aun en prosa

Ch. B.

Después de disfrutar sus sueños de opio, salía a pasear por los bulevares tomado de la mano de Jeanne Duval, su amante mulata. Ella le acariciaba la nuca y complacía sus caprichos, dejándolo que él le oliera las axilas, el cabello, la entrepierna, las manos, el lóbulo de las orejas, y en especial, dejarlo dar saltos entre la acera y la calzada, intentando un juego infantil reprimido por una madre castradora.

Un *flaneur*, un caminante, que coincidía con la pareja en los acostumbrados paseos del atardecer, cuenta que Baudelaire y su mujer se quedaban mirando extasiados los vitrales de las antiguas iglesias, como imaginando la primera luz que los hizo brillar en un estallido de color. Otros dicen que, después de la caminata, la pareja acostumbraba charlar en un café escogido al azar, y embriagados jugaban al amor, y él escribía en papel encerado breves poemas al estilo del *haiku* japonés, que luego enrollaban en forma de alfiler.

Alguien los vio buscando los huecos dejados por las polillas, y los vio introduciendo los minúsculos escritos, y así iban rellenando las carcomidas escaleras, los pasamanos grasientos, los escaparates antiguos; las jambas de las puertas instaladas en mansiones aristócratas, retadas por las nuevas avenidas nacidas para la modernidad en un París eterno. Baudelaire y Jeanne actuaban este ritual a

la luz de las recién iluminadas calles hasta altas horas de la noche. El poeta siempre tuvo la esperanza de ver florecer de esos agujeros selectos, los brotes de sus amadas flores del mal, al igual que en él había brotado el bacilo de la sífilis que lo llevó a la muerte.

Cuando el mundo de amigos de la pareja se enteró de la certeza de estas aventuras y del destino de los escritos inéditos del poeta maldito, trataron de tergiversar la historia –así lo acordaron en conciliábulo– para poder alejar a los curiosos escritores, estudiantes de la Sorbona, candidatos a doctores nada doctos, taxistas, vendedores de antigüedades, y niños sobredotados que intentaban saquear cada caries que mostraran las vetustas maderas de las *rues* parisinas.

París es una fiesta, una ciudad que esconde en sus maderas años de arte y de polillas, y el secreto de los mejores poemas de un bardo, cuya mayor frustración fue no haber podido guardar uno de sus poemas en la rue Hauteffe Ville que lo vio nacer. Baudelaire vivía en ese tiempo en el Hotel Lauzón, hecho de metal, piedra y ladrillo, estructura que lo hizo desistir de colocar entre las hendiduras de los adoquines, o entre ladrillo y ladrillo alguno de sus versos... “*La madera es más sutil*”, decía el poeta, que fue condenado –posteriormente reivindicado– por inmoral y por tener la mirada atormentada por el vacío de una sociedad hipócrita.

Se dice que en la noche de su muerte, se encontraron sus poemas Tristezas de la Luna y tres versos sueltos de *La Luna ofendida*.

XI. YUKIO MISHIMA

(1925 - 1970)

La controvertible mismidad

De niño, y mientras caminaba sobre las hojas secas que se caían de los ciruelos, allí en su venerado jardín bordeado de azaleas, sintió que los *Kami*, poderes o númenes, manifiestos en vientos divinos, cubrían su cuerpo. Al tiempo que recibía el sol notaba que era un *Shintai*, un receptáculo, un espejo que se purificaba y su *Makoto*, que es la sincera pureza del espíritu y de la voluntad, se nutría. Él era seguidor del culto *Shinto* que exige a cada ser la búsqueda interior por la Vía de los *Kamikaze*.

Fue criado en la decrepitud y la vetustez por la abuela paterna... Impotente y junto a los pies de ella, respira los humores de la tradición y permanece largas horas postrado sobre el *tatami*, esterilla de junco, hasta hacerse urdimbre con el vegetal y apreciar la seminal humedad del noble arbusto. Para no perecer, combate el tedio y la abulia tejiendo imágenes con imágenes, como años después lo hiciera en el *Shishendo*, el salón de los poetas inmortales. La abuela le aviva excesivamente el *ánima*, lo femenino, y con el tiempo él hace admonición de esa alma frágil y confusa y la acomete con vitalismo exacerbado, practicando los deportes más extremos y arriesgados, cayendo en poses que lo hacían rozar el ridículo...

Adolescente, consultó el espejo infinitas veces y notó la esplendente grandeza de su alma y el brillo particular del rostro que

lo hacía parecer varios años mayor de lo que en realidad era; como si ese fuese el secreto de su madurez, de sus buenas formas, de su nobleza y finura. Siempre tuvo una mirada serena, reflexiva, que lo hacía tan atractivo a los de su propio sexo y de manera extraña a los efebos... eso lo sumía en la duda continua, en la insatisfacción. Recordaba que de niño tomaba notas de la cotidianidad en la que vivía haciendo, sintiendo, deseando; y recordaba además que al sentirse observado tímidamente escondía los escritos en su *obi*, ancha faja que llevaba anudada a su espalda, y disimulaba tocando el *samisen* o laud que siempre lo acompañó... La realidad le era insuficiente: nada le bastaba, nada le complacía, lo que lo indujo a fabricar y actuar todo tipo de extravagancias intentando hallar la fuerza que tenía oculta. Se dice que para hallar la calma, vivía elevando constantes plegarias a la luna. En honor al astro, y como un ritual, escribió el hermoso cuento *Los siete puentes* (Mishima, 1969, p. 35).

Mishima sentía que otro ser lo miraba desde adentro, como si el cuerpo no le perteneciera: un no hallarse en sí mismo y ser él mismo; controvertible sensación que percibió, ya adulto, aquella tarde que paseaba descalzo en los Jardines de Kyoto y sintió el roce de la gravilla de piedras blancas; momento en el que oyó esa extraña voz: "Tus pies descalzos buscan la imagen de la meditación zen, de la tranquilidad interior que dará respuesta a tu tormenta". Fatigado por la experiencia y buscando asideros, se dedicó al estudio de su rostro milenario; luego encuentra su semejanza en Minamoto no Yorimasa, aquel guerrero que acudió en el año 1180 ante el príncipe Mochihito para que le ayudara a revelarse contra el poder de los Taira, (*) y que al no poder vencer al enemigo se suicida honorablemente. Mishima se considera así la personificación de aquel gran hombre, su reencarnación. Desde ese instante vivió atormentado por la presencia de esa anterior vida que siente lo posee, y como un actor del teatro *No*, vive saturado de violencia y pasión.

(*) Clan familiar que se dedicó, durante los Ss XI y XII, a consolidar su poder. Lograron hacerse con el control de la corte en 1156 y 1159. Eternos rivales del clan Minamoto.

El día que se consagra como Samurai hace el juramento de luchar por la tradición y cultiva el desprecio por los *shi-jinrui*, esa nueva raza de japoneses nacidos después de la segunda guerra mundial que fue entregándose a los valores, usos y formas occidentales. Mishima veía que el Japón se difuminaba como un espejismo, como si el contaminante hongo atómico no satisfecho con la destrucción física y humana de Hiroshima y Nagasaki, el 6 y 9 de agosto de 1945, respectivamente, además borraba las antiguas costumbres.

Agotado por una lucha que finalmente consideró inútil, pensó en el *seppuku*, esa práctica de eviscerarse y luego ser decapitado, ansiaba liberarse de lo terrenal y del atavismo: al destruirse, el otro que lo poseía desaparecería y él se hallaría en el alma del acero. Mientras preparaba la sangrienta ceremonia le surgieron incógnitas: ¿He de perecer como el antiguo griego que desea morir bajo un sol esplendente, o como los gatos que se ocultan cuando la muerte se les acerca para que nadie los vea morir?

Llegada la hora y vestido con un traje de gruesa pieza de seda, se presenta frente a los generales instalados en el edificio de la Defensa Nacional de Japón; difunde su discurso final, arenga a los soldados, calla y da por hecho que su sueño del rescate del pasado puede hacerse realidad; luego, como estaba establecido, una mano amante tomó el *tachi*, sable de combate, y lo decapitó... El gran escritor japonés, mientras moría, tuvo tiempo para oír el goteo de su sangre en el cuenco de sus manos y rígido sobre el piso de ciprés tallado, ver la flor de loto y el color de la primavera cuando los cerezos florecidos se ofrecen; en el estertor final quiso sentir el olor a sangre como su último placer... penetró el *yang* con avidez y pereció en el *yin*, su sendero inevitable... Los *kojiki*, rollos sagrados en donde vive la memoria de sus ancestros, le advirtieron que su mirada de persiana contemplaría la victoria cuando se sumara al vacío.

Mishima, el último noble japonés, sería intenso hasta en la muerte... Nadie como él ha actuado todos los deseos y fantasías. Hijo del sol naciente, se sintió amado y arrullado por la luna.

XII. HOMERO

(SS. X Ó IX A. DE C.)

El ciego vidente

Tú, Homero, sabías de los humanos y de sus límites. Límites frente al espacio insondable, la resistente tierra, el profundo mar que todo lo vomita, y frente al ardiente fuego de las pasiones. Y te diste a la tarea de hacerlos hallarse dentro de sí, penetrarse, en un encuentro con sus dioses. Les brindaste, además, la aguda sonda de la imaginación para que exploren sin temor los laberintos internos que se recorren, una y otra, y otra vez. Les diste la posibilidad de soñar.

Tu *Ilíada*, representa el viaje y la lucha por el interior de nuestras pasiones, y la *Odisea*, el regreso anhelado *—nóstos—*. A los hombres, que lamentablemente vivimos matando la voluntad que llevamos dentro, nos concediste el derecho a ser héroes para poder valorar el eterno femenino: rescatar a la inolvidable Helena, o cumplir siempre con la leal Penélope, aun cuando se deban sortear las más infatigables vicisitudes... Ellas siempre esperan con labios fieles a aquellos que las nombran, entregándose luego entre las olas del mar, dentro de profundas grietas o en el más alto risco... Eternamente dadoras esperan ser amadas, pues saben amar. La guerra, las hecatombes más siniestras palidecen frente a esta palabra, omniabarcante, protectora... Amor. Palabra dada por la Divinidad a los humanos para que el fin no sea inevitable, para que se dé la tregua y se entierre a los muertos y surja el perdón.

Sabemos que nuestra sensibilidad se acrecentó porque tus narraciones mostraban los deseos más sentidos de los seres y sus necesidades... Y sólo el que se acerca a la condición humana es digno de llamarse escritor.

Tú le enseñaste igualmente a Cervantes y a Borges que nada viene de la nada, *ex nihilo nihil*, que ninguna obra surge de la nada; sino que todas tienen su origen en otras obras, que existe una tradición y que toda obra es un plagio en la medida que contiene otras obras... Por eso la tuya Homero, permanece en diálogo con Joyce y con Derek Walcott; acompañaste a Goethe, a Schiller, y a Hölderlin; vives en Fernando del Paso y siempre en Dante, Virgilio, Rulfo, Borges, y en todos los que piensan fantásticamente. Por eso Goethe exclamó: “¡Que cada cual sea griego a su manera, pero que lo sea!”, y Hölderlin decía que andaba “...buscando con el alma el país de los griegos”.

Sabemos que tu escritura era sagrada: leyéndote entre líneas, levantando los escombros de las ciudades que nombraste, se supo de Troya y Mecenas, las que existen por ti. Mnemósine, diosa de la memoria, te dio la gracia para que bebieras el agua de su fuente, que te permitió recordar todos los versos y dictárselos a un escriba. Los juglares cuentan que podías recitar de memoria para hacer honor a la diosa, los quince mil seiscientos treinta y nueve versos de la *Iliada*, y los doce mil cien de la *Odisea*; versos que nos hablan de la humana condición.

Te pregunto, ¿para los griegos la escritura era un sucedáneo de la palabra... y en la palabra está la magia de las cosas?

Me pregunto, ¿cómo esos héroes tuyos, tan valientes, se sientan a llorar con el mayor sentimiento y con tan abundantes lágrimas? ¿Dualidad de la fortaleza? ¿Esa es la esencia del alma? Hombres conscientes de su destino trágico, hecho por lo demás tan mortal, y razón de la existencia y consecuencia de vivir la vida. Mueren de tal forma que causan pena. El que lee esas páginas tuyas no deja de sentir una aguda tristeza cuando esas puntiagudas lanzas se envasan profundamente en las entrañas... Hay tanto dolor que realmente es difícil entender ese heroísmo, cuando tan aguerridos héroes se posttran y lloran con tal sentimiento que llega hasta nosotros su lamento. Y nos sentimos y nos compadecemos como los dioses del Olimpo,

que se conmueven y cambian el curso del combate. Porque los dioses a ratos no soportan tanto dolor humano, y por eso nos ayudan a cambiar y nos permiten llegar a comprendernos. Con Homero aprendemos que somos dioses y hombres, mortales o inmortales si así lo queremos; somos igualmente seres divinos y profanos... Sólo una férrea disciplina individual nos hará dioses o, al menos, una parte de la divinidad.

Los humanos desean tener las facultades que muestran los dioses homéricos: su único alimento es la ambrosía, alimento divino, una especie de néctar que los mantiene eternamente jóvenes y sanos, y que sustituye todos los alimentos habidos y por haber, por eso no se preocupan como los mortales por comer. Luego son inmortales, lo que les permite tener acceso a los lugares y espacios que les provoque sin el temor a perecer; todo lo que desean lo pueden lograr y se las ingenian para superar las dificultades y superar las pruebas, y salir vencedores; y, además, poseen la facultad de metamorfosearse y mentir con perfección (Thielen: 1969). Por eso el poder terrenal es una de las vías para parecerse a ellos; los políticos y los poderosos, como los dioses, tienen doble cara, naturaleza doble, son amorales... ese es uno de los castigos del poder y el que lo posee “teje intrigas”, se torna inaccesible, todo dignidad y majestad tan pronto como enfrenta al “súbdito”. ¿Por eso la Política se ha convertido en la ciencia del castigo?

Ni con la matanza, ni con la crueldad, ni con las mutilaciones, ni con la tortura del propio yo, se logra el retorno al orden individual y cósmico, eso nos dicen los héroes homéricos en sus acciones y contradicciones; se debe ser comprensivo y tolerante si queremos seguir viviendo en este mundo... El ser que vive en armonía con lo que lo rodea ha logrado algo supremo, así comienza la perfección. Los dioses dan a quien sabe pedir. Debemos saber administrar lo solicitado y jamás lamentarnos por lo recibido.

Homero también enseña que los dioses se manifiestan en los sueños, pues ese es el espacio, el lugar neutro donde todo lo soportamos: allí somos héroes y esclavos, sagrados y profanos, divinos y humanos, valientes y cobardes, o sabedores de nuestro futuro. Soñando asistimos a nuestra derrota o a nuestro triunfo. Los dioses jamás se nos van a manifestar en la vigilia porque no

tenemos capacidad de soportar su presencia, inevitablemente pereceríamos.

Homero le canta a la Divinidad y considera que los mortales deben aspirar a ser divinos, pero primero deben aspirar a la perfección. Para la Divinidad, la Humanidad es su creación estética, su obra mejor lograda, porque es su proyección. Los griegos tenían en el fondo conciencia de la existencia de un único dios. Sócrates, el *sumun* de ese pueblo, terminó pensándolo así y lo expresó y eso lo llevó a la muerte. Él es el salto de la mentalidad politeísta a la monoteísta: el salto necesario para que tenga sentido la unicidad del ser, la igualdad en la esencia, que posteriormente recogerá el Hijo de Dios...

Homero, mientras más te niegan los “eruditos” tu existencia más se afirma. Que te negaran fue el castigo recibido por no dar cabida, y casi obviar, al más celebrado y popular de los dioses griegos, Dionisos, pues lo considerabas un dios indecente. Una sola vez lo mentaste en tu *Ilíada*, y, además, te atreviste a mostrarlo como un cobarde que teme a Diomedes. Por ese desaire el dios te castigó con la anonimidad de tu origen y sembró la confusión en los hombres acerca de ti... Eres Homero, el que no tiene lugar de nacimiento, el único griego impreciso, inaprensible; el trashumante sin rostro, además ciego, nómada de ti mismo; antihéroe de los héroes que tanto nombras y precisas, veneras y das a conocer: como si al dar vida, realidad y certeza a tus seres de ficción, te restaras, te negaras a ti mismo. La realidad de tus escritos, la veracidad de los hechos que cuentas quedó. Tu obra es testigo único de ti, de quien, paradójicamente, nada se sabe. Ate, la diosa del extravío se enseñó también contigo y te mostró al mundo como un error... te hizo confuso: Homero significa rehén, significa también acompañante. Eres un hombre sin patria; “ciudadano del mundo” te llamó Proclo. Unos dicen que naciste el año 622, ciento sesenta y ocho años después de la caída de Troya. 1.102 antes de nuestra Era. Otros dicen que naciste en los Siglos X ó IX a de C. Siete ciudades se disputan tu cuna: Cime, Esmirna, Kíos, Colofón, Pilos, Argos y Atenas. Se te creyó natural de Ítaca, Micenas, Creta y Chipre. De lo que sí podemos estar seguros es que contigo se inicia la literatura occidental... Converte en ti la visión del mundo y todo el imaginario del ser

helénico... Eres el príncipe que le canta a la Helade y por eso, los dioses te cuidaban.

Pregunto, ¿podríamos afirmar que la abundancia del símil, tanta comparación en tu obra suma otra realidad? Ese correlato que vas escribiendo paralelo a los hechos de la *Iliada* y *La Odisea*, es una de las pistas que nos lleva a descubrir tu identidad. De igual modo el símil te sirve para abundar el relato, pues incorporas elementos varios: espacio, seres, tiempos... vivencias humanas arquetípicas y todo lo que permite conocer la condición humana que eternamente expresa amor, sensualidad, amistad, traición, lealtad, vejez, alegría, dolor, codicia, egoísmo, hambre, soberbia, arrepentimiento, muerte y vida... Homero, sabes que si el hombre logra controlar la *hybris*, la soberbia, puede llegar a compararse a los dioses, pero está incapacitado para comprenderlo, y vive negándose y hundiéndose en tragedias miserables.

Para ti, Homero, el Tiempo es un dios eterno que nunca existió y siempre está presente. Amabas a Océano por considerarlo el padre de todas las cosas, y a Tetis la sentías como la madre de los dioses; en la *Iliada* leemos cómo les rindes culto. Homero, tú esculpes con la palabra, eres un arquitecto de esa realidad fantástica que describes con tanta energía en los campos de batalla o en los mares agitados. Ves la belleza en todo lo que rodea al individuo: el mar es bello por sus líneas onduladas; también lo son los manantiales, la vegetación, la mirada, el cabello y el porte majestuoso de los héroes. Un guerrero es hermoso para ti por su fortaleza, y más al vencer en la lucha. El árbol que mueve sus hojas y la fresca sombra que nos brinda, es bello. El espectáculo del campo con sus frutos es un himno a la belleza. La mujer pulcra y el hombre que cultiva su cuerpo y ama la armonía de la naturaleza, también son bellos.

Nos dices que, la belleza moral, *agathós*, es un bien que debe cultivarse; la persona honesta es bella, el compromiso de los amantes es algo bello. Ser decente es parte de tu ideal: tener buenas maneras, ser noble, gentil; saber escuchar, saber hablar con los otros es algo placentero (Bayer, 1993, p. 25).

Sé que Aquiles te devolvió la vista, –lo supe por los juglares– que antes te la había quitado cuando le pediste que se mostrara ante ti, que se dejara ver. Aquiles accedió y como venía vestido

con la armadura hecha por Vulcano, el resplandor quemó tus ojos de poeta. Supe también que, poco antes de morir y con toda la vehemencia posible, solicitaste al dios que te devolviera la vista, porque como todo griego querías contemplar el sol y penetrar en su misterio...

Poeta, mueres mirando el mar y la puesta de sol... Tres días viste la salida y la puesta de sol... durante tres días mueres mirando el mar.

Y durante las noches, contemplándola, cantaste tu *Himno a la Luna*.

XIII. ERNEST HEMINGWAY

(1899 - 1961)

Buscar la muerte, encontrar la muerte

Siempre quiso ver la muerte. La pólvora penetró todos los poros de su rostro famoso, y al ejecutar su último acto destrozó esa máscara que llegó a ser: el escritor estrella de la nación más poderosa, cuyo perfil *baby face* era una imagen del consumo y de la publicidad; icono del vital hombre americano, héroe de guerra, aventurero, alcohólico, triunfador, mujeriego, hedonista a ultranza... Él, defenestró su cara para que no se la reconocieran.

¿Deseaba acaso anular la imagen de su padre que un día, mientras se afeitaba, observó posada sobre la suya? ¿Qué averiguó en ese rostro tan amado, en esos ojos alojados y escritos en lo suyos?

Ernest se desfiguró con pólvora y perdigones, como ejecutando una venganza contra el absurdo egoísmo de su padre, quien de similar manera perdió la vida en un suicidio inútil. Nunca entendió por qué su progenitor que luchaba para sanar y conservar la vida de los demás, como médico que era, se había quitado la suya. Jamás superó la muerte de ese hombre.... Vano ejemplo. En la familia Hemingway todavía continúan suicidándose. Es un hecho cierto que, cuando en una parentela alguien se quita la vida, eso sirve de justificación en el tiempo para que otro de la progenie lo repita... ¿Margaux, la nieta de Ernest, no es prueba de ello? El suicidio es uno de los actos más egoístas... Es una sombra fatal.

Su padre, que tenía la sonrisa más bella del mundo, que le había enseñado el valor por la vida, con su muerte le negó el placer de disfrutarlo a plenitud, y ver la imagen de un noble anciano que termina sus últimos días rodeado de la admiración de todos, porque, como un gran patriarca, fue capaz de luchar hasta el último día... Ese es el verdadero acto heroico... Vivir. La muerte llega sola.

Ese viejo de su profunda novela, *El viejo y el mar*, no es más que la confirmación ficticia de esa necesidad... El sabio pescador, a quien la luna le da la bienvenida al amanecer con su luz moribunda, Ernest lo hace pensar así: “La luna le afectaba lo mismo que a una mujer. Imagínate que cada día tuviera uno que tratar de matar la luna. La luna se escapa”... (1973, p. 105). En la lucha contra el pez, el viejo vence; aun cuando queda exhausto y agotado por la resistencia que le opone el misterioso animal. El escritor parece decirnos que la vida es como un nylon que vibra y abre heridas, pero que con el dolor sobrevivimos... así nos tensa la vida. Aunque perdamos la carne en la batalla, los arañazos son testigos de nuestra existencia y es lo que se muestra de nosotros.

Todos los héroes de sus novelas retan a la muerte que se muestra en forma de metralla, en las astas de un toro o en fieras salvajes. El escritor construye personajes sin sentimientos, fríos y que viven sin temor; en verdad ocultan debajo de esas máscaras mucha ternura y un gran miedo de continuar existiendo en un mundo en donde predomina la guerra. Hemingway, cuando participó en la guerra civil española y en la primera y segunda guerra mundial, siempre vio a la muerte ensañándose en los otros, y no en él que la buscaba. Por eso el día que ésta se le presentó ya no estaba aquí, ya no tenía vida.

La imagen que lo atormentaba era la de un padre suicida. El escritor sufría por el vacío que le dejó la muerte intencional y trágica del ser querido. Ernest Hemingway, el famoso escritor, logró escribir la poética de la muerte en sus obras para luego actuarla en su cuerpo. El mimetismo con su padre fue la causa de su tragedia.

Supo que de tanto imaginar, escribir y pensar en la muerte, podía perder el juicio y previendo eso practicó en sí mismo una especie de ordalía (*): si lograba sobrevivir al disparo de un fusil en

(*) Medio de averiguación o prueba, usado en la Edad Media europea.

la cara podía considerarse inocente de la culpa originaria que lo lastimaba... A veces pienso que jamás vivió su propia vida, y que olvidó sus propias palabras: “El mundo es muy valioso y vale la pena vivir por él...” Era de esos que siempre viven fuera de sí.

XIV. HÖLDERLIN

(1770 - 1843)

El poeta profeta

Un llamado lo impelía a hallar el Verbo y seguir el camino empleado por Dios para fundar el mundo. En el recorrido hacia la génesis del universo y en esa búsqueda, topó con la armonía de las esferas y con la sonoridad infinita sólo percibida por el Absoluto. Esa experiencia quebró su espíritu frágil y la resquebrajadura le atravesó la mente, y las alas de su entendimiento se derritieron cayendo en un mar de retorcidos corales y algas multicolores, para no recuperarse jamás.

Hölderlin llegó a pensar que Dios existe desde el instante que nombra al ser humano, y que éste comienza a entender el mundo a partir de la palabra *Dios*. De ahí que la textura de la palabra *Dios* y la escritura de la misma palabra, nos alejan de la duda de su existencia, porque con sólo pensar la palabra divina el ser se re-crea en Él, y se es un co-creador del mundo... y el mundo es sagrado. Así profetizaba.

Dios es el gran poeta por excelencia -se ha dicho-, pues pronunció la palabra primera, fundadora. Hölderlin, en la plenitud de su locura, buscó siempre la palabra esencial para crear. Él le sugirió al poeta chileno, Vicente Huidobro –quien siempre supo que el primer creacionista fue el poeta alemán– la frase manifiesto “El hombre es un pequeño Dios”, y aquella otra: “Poeta, no escribas de la rosa, hazla florecer en el poema.”

Todo poema debe ser –pensaba Hölderlin– una gran enredadera cargada de palabras que van cubriendo como hiedra el mundo falso que enfrentamos. Y los versos serían cinceles que desbaratarían las columnas que sostienen el mundo tosco, para esculpir uno nuevo. El mundo no está hecho para que el hombre lo pasee como un animal ignorante. Dios no perdona tal afrenta. Debe el humano intentar hacer florecer un mundo nuevo y verlo surgir con el resplandor propio de lo creado. Todo lo que existe –decía el poeta– lo es porque el poeta lo nombra, lo invoca, llama o conjura recreándose en la palabra. Porque para llegar a Dios estaba la poesía, pero poesía a la manera griega: cantos para celebrar la belleza del ser y del universo; el kalokagathos homérico: lo bueno-bello-de-ver, mirar estéticamente el mundo. Esa fe le daba al poeta alemán ánimo para decir: “Lleno de méritos está el hombre; / mas no por ellos, por la Poesía/ hace de esta tierra su morada”.

La divinidad parecía tocarlo cuando contemplaba el mar y sentía el viento jugar con su cabello, oía el canto de los pájaros, y disfrutaba el aroma de las flores; momentos hubo en que caía de rodillas y le sobrevení­a el llanto, particularmente cuando construía un poema que sugería una realidad nueva; luego como en éxtasis y sintiéndose un ser divino exclamaba “Was bleibet aber, stiften es die dichter”. “Pero lo que permanece, lo fundan los poetas”.

El poeta sintió un llamado íntimo que lo incitó a la búsqueda suprema, llamado que lo condujo a la clausura de sí mismo y lo tornó autista hasta su muerte.

Hölderlin, con la poesía, notó la claridad del universo, tuvo la certeza de la sagrada existencia del poeta. Su mente, sin embargo, se llenó de brumas para perderse luego en los caminos de la demencia. A ratos recitaba “Pero donde está el peligro, /allí nace lo que salva”.

XV. SIMONETTA CATTANEO VESPUCCHI

(1452 - 1472 ó 1476)

La sensualidad renacentista

Nació para ser elegida y elogiada. Pertenecía más al pincel, al lienzo y a los colores, que a la tierra de Génova que la vio nacer. Fue una mujer de imágenes, un icono de los grandes palacios, digna de los frescos o de los vitrales milenarios. Vino a este mundo para ser la modelo de Botticelli y ser plasmada como una *Madonna* esplendente; por eso vivía ausente de la realidad como difuminada en el entorno.

Simonetta, llamada la Bella, tuvo sueños en los que se veía cubierta de flores como una primavera eterna; o era una virgen desnuda de larga cabellera que navegaba de pie sobre una concha marina. Otras veces se veía con los pechos descubiertos y llevando enroscada en su cuello la serpiente de la culpa, o era la imagen de la calumnia. Cierta día, dormitando en el campo, se despertó vestida con ropas drapeadas y rodeada por faunos juguetones. Nunca supo si eso fue otro de sus sueños o fue algo real. A veces, cuando caminaba por los callejones genoveses, veía cómo su sombra la reflejaba con las mismas imágenes de sus sueños. Por eso intuyó que siempre iba a vivir en inmensos palacios, abundados de largas galerías alhajadas de escenas polícromas. Esas imágenes y sus vivencias la acompañaron desde niña como un conjuro. Su menarquia la sorprendió con hemorragia lapislázuli y con vómito de arco iris.

Ser la esposa de Marco Vespucci, descendiente de una familia de ricos banqueros florentinos, no la llevó jamás a ambicionar el poder ni las traiciones de la corte, no se apegó al amor, a los boatos palaciegos ni a los placeres mundanos. Se dejó hacer, se dejó llevar. Su destino –ella bien lo sabía– era trascender en un lienzo, ser contemplada... era más representación que existencia.

El mal sutil (*) se le aferró como una maldición y la consumió joven. Sandro Botticelli, el “griego resucitado”, la grabó en su mente, y sólo después de muerta –Simonetta jamás posó en vida– hizo de ella un trazo ondulante, hermoso, una pincelada eterna. Ella manifestó haber sentido sobre su cuerpo una aguda y ardiente mirada que la iba gastando y consumiendo en un baño de colores... Era que el pintor ya la había elegido como su única modelo, y la estaba plasmando en sus cuadros como *La Madonna de la granada*, *La Primavera*, *Palas*, *La Calumnia*, *La Verdad*, *Flora*, o la hermosa Venus en pleno nacimiento, igual que fue el rostro de casi todas las vírgenes que pintara el artista florentino.

En los museos se la observa hoy, serena, pensativa... siempre dispuesta a ser amada y mirada. Con ese rostro de todos los tiempos, con esos pechos desnudos y el vientre y el pubis semiocultos, abriendo un renacimiento, anunciando una nueva era: una visión diferente para los seres maltratados de tanto oscurantismo, de tanto odio teológico al sexo, propio de la umbría medieval.

Simonetta es, como el colibrí, una gota del arco iris.

(*) Enfermedad para la cual no se conocía cura, muy característica de la Edad Media. La persona adelgazaba rápidamente, con fiebre y ahogos, hasta morir.

TERCERA PARTE

MENQUANTE

Oigamos cómo las voces de los tiempos la cantan, le suplican, la trivializan, le susurran, la invocan, la aman...

I. VOCES LUNÁTICAS

La luna es magia y arte

Plutarco

POESÍA PIAROA

Para el hombre que espera
es la luna;
el sol para la canoa
que remonta el río;
y para los hombres todos de la selva
es el agua.
Pero la mariposa roja
es para Merica.
Merica es la niña que amo
Merica, que recoge la yuca,
y tuesta las tortas de casabe.
Merica es luna, sol, agua, mariposa.

La madre retorna
a la cabaña;
en silencio

mira a la luna que está sobre el cerro.
La pequeña hamaca está vacía
sólo un rayo de luna
la hace mecerse.

Como un rayito de luna entre la selva dormida
así la luz de tus ojos ha iluminado mi pobre vida...

Canción

HIMNO HOMÉRICO A LA LUNA

¡Oh Musas de suave voz, hijas de Zeus Cronida, hábiles
en el canto! Enseñadme a cantar la Luna, de
abiertas alas, cuyo resplandor sale de su cabeza inmortal,
aparece en el cielo y envuelve la tierra, donde todo
surge muy adornado por su resplandor fulgurante. El
aire oscuro brilla junto a la áurea corona y los rayos
resplandecen en el aire cuando la divina Luna, después
de lavar su hermoso cuerpo en el Océano, se viste con
vestiduras que relumbran de lejos, unce los resplandientes
caballos de enhiesta cerviz y acelera el paso de
tales corceles de hermosas crines, por la noche, a
mediados del mes, cuando el gran disco está en
su plenitud y los rayos de la creciente Luna se
hacen brillantes en el cielo; indicio y señal para
los mortales. En otro tiempo el Cronida unióse
con ella en amor y cama; y, habiendo ella quedado
encinta, dio a luz la doncella Pandía, que descollaba
por su belleza entre los inmortales dioses.

Salve, reina, diosa de níveos brazos, divina Luna,
benévola, de hermosas trenzas; habiendo empezado por ti,
cantaré la gloria de los varones semidioses, cuyas
hazañas celebran con su boca amable los aedos
servidores de las Musas.

EL LOCO JUAN CARABINA

El loco Juan Carabina
pasa las noches llorando
si la luna no ilumina
las noches de San Fernando.

Cuando la noche está oscura
callando el loco se va;
va a perderse en la llanura,
nadie sabe adónde irá.

Cuando el gallo de la una
se oye a lo lejos cantar,
al loco viendo la luna
le dan ganas de llorar.

Esperando se la pasa
que como una novia fiel
venga la luna a la playa
para conversar con él.

La gente del alto llano,
más de una noche lunar,
con la luna de la mano
han visto al loco pasar.

El loco Juan Carabina
sueña por la madrugada
que en cama de niebla fina
tiene la luna de almohada.

El loco Juan Carabina,
pasa las noches llorando
si la luna no ilumina
las noches de San Fernando.

Aquiles Nazoa

Madre Chía que estás en la Montaña, con tu pálida luz
alumbra mi cabaña.
Oh Chía, mi señora,
dame la chicha de tu inmenso valor.
Dame a comer en carne el odio al invasor.
Canto guerrero de los cuicas

Alimenta un gallo, pero no lo sacrifiques, pues
es sagrado al Sol y a la Luna.
Pitágoras

El hombre, al igual que el resto de los mamíferos,
las aves e incluso los insectos,
está sometido a cierta enigmática norma
según la cual determinadas funciones normales de los seres vivos,
como el embarazo, el crecimiento de las plantas y su maduración,
la duración de diversas enfermedades, etc.,
dependen de los períodos lunares.
Charles Darwin

Tan alta que está la luna,
redonda como una fruta,
si se llegara a caer
que golpe tan hijueputa
Anónimo

¡Luna, luna, dame fortuna!
Anónimo

¡Qué no quiero verla!
Dile a la luna que venga
que no quiero ver la sangre

de Ignacio sobre la arena.
¡Qué no quiero verla!

Federico García Lorca

...solamente la luna
sabe qué manos verdaderas se acarician
qué rostros ríen detrás de las máscaras
y quiénes envueltos en la sombra
con pasos furtivos se reencuentran.
Solamente la luna que es redonda,
lenitiva y amarga.

Eugenio Montejo

MEDIA LUNA

La luna va por el agua.
¡Cómo está el cielo tranquilo!
va segando lentamente
el temblor viejo del río
mientras que una rama joven
la toma por espejito.

Federico García Lorca

¡Ah clara luna llena, si alumbraras
ahora por vez última mi pena
por la que a medianoche, tantas veces,
he velado sentado ante esta mesa,
hasta que, sobre libros y papeles,
melancólica amiga, aparecías!
¡Ay , si pudiera andar bajo tu amada
claridad por las cumbres de los montes,
cernerme por cavernas con espíritus,
vagar en tu penumbra por los prados,
libre de todo espasmo de conciencia,

libre de toda la densa humareda del saber,
bañarme sano en tu rocío!

Fausto, I

La luna da fragancia de hoja al firmamento.
Un niño goza ese mágico caramelomenta.

Carlos Sosa Osorio

La gaviota de luna que espera el amor
bajo la luna china.

Anónimo

¡Oh, Astarté irresistible, escúchame, tómame, poséeme, oh Luna!

Bilitis

Las estrellas esconden la cara cuando sale la luna llena
y brilla sobre toda la tierra,
hay quienes pueden leer con luz de luna.
Bajo esa esfera vivimos nosotros,
seres sublunares y lunáticos.

Jonuel Brigue

Quiero escaparme, con la vieja luna,
en el momento en que la noche muere...
cuando se asoma la sonrisa blanca,
en la mañana de mi adversidad...
Quiero de nuevo revivir la noche,
porque la vieja luna volverá;
ella es quien sabe dónde está mi amor,
ella sabe si es que la perdí,
vieja luna que en la noche va...

Canción

LA LUNA

Hay tanta soledad en ese oro.
La luna de las noches no es la luna
Que vio el primer Adán. Los largos siglos
De la vigilia humana la han colmado
De antiguo llanto. Mírala. Es tu espejo.

Jorge Luis Borges

Ese toro enamorado de la luna...

Canción

Romeo.- Júrote amada mía por los rayos de la luna que platea la
copa de estos árboles.
Julieta.- No jures por la luna, que en su rápido movimiento cambia
de aspecto cada mes. No vayas a imitar su inconstancia.
Luna, soberana dueña de la melancolía y los hombres se vuelven
locos cuando ella se acerca a nuestra Tierra.

Shakespeare

Se me enamora el alma, se me enamora.
Se enciende la luna cuando me miras...

Canción

Lunita consentida colgada del cielo
como un farolito que puso mi Dios
para que alumbraras las noches calladas
de este pueblo viejo de mi corazón...

Canción

... el insensato cambia como la luna

Eclesiástico 27, 11

LUZ DE LUNA

... si vieses, infeliz , cómo la Tierra
cuando la Luna llena la ilumina,
desposada parece que en los aires
buscando va, con planta perezosa,
la casa florecida de su amado...!
De súbito vio el ciego. –Esta que esplende
–dijéronle–, es la Luna. ¡Mira, mira
qué mar de luz! ¡Abismos, ruinas, cuevas,
todo por ella casto y blando luce
como de noche el pecho de las tórtolas!
–¿Nada más? –dijo el ciego, y retornando
a su amada celosa los ya abiertos
ojos, besóle la temblante mano
humildemente, y díjole–: No es nueva,
para el que sabe amar, la luz de la luna.

José Martí

Te estuve esperando y al verme solo
también la luna me abandonó...

Canción

En esta noche sin luna
No podremos encontrarnos.
La añoranza me despierta
Mi pecho bate inflamado,
Y el fuego consume mi
Corazón.

Ono no Komachi

Alumbra luna, alumbra, alumbra luna
que ya me voy pa' la montaña...

Canción

Luna llena, luna llena,
tan oronda,
tan redonda
en esta noche serena
de marzo, panal de luz
que labran blancas abejas.

Antonio Machado

Debéis saber que en el hombre está el Sol,
la Luna y todos los planetas.

Paracelso

También la luna, siempre fiel a su hora,
proclama los tiempos y es señal eterna.
De la luna procede el señalamiento de la fiesta.
Es astro que mengua hasta el final.
El mes recibe de ella el nombre;
crece maravillosamente en sus cambios;
lucero es del ejército celeste
que brilla en el firmamento del cielo.
Hermosura del cielo es la gloria de los astros,
adorno que ilumina en las alturas del Señor.
Por las palabras del Santo,
se mantienen según su decreto;
no se cansan de hacer la guardia.
Mira el arco iris y bendice al que lo hizo.
Es hermosísimo en su esplendor.
Circunda el cielo en círculo de gloria.
Las manos del Altísimo lo tendieron.

Eclesiástico 43

Yo no le canto a la luna porque alumbra y nada más.

Atabualpa Yupanqui

La noche, se metió en tu pelo;
la luna, se aferró a tu piel, y el mar se sintió celoso
y quiso en tus ojos estar él también...

Canción

Debería mirar hacia la Luna el que está enterrado en la sombra del
pecado y de la iniquidad. Habiendo perdido la gracia divina,
desaparece el día, no hay más sol para él;
pero la Luna todavía está en el horizonte.
Dejadle dirigirse hacia María; bajo su influencia miles de personas
encuentran su camino hacia Dios.

Inocencio III

Yo sabía que el vino rojo, a la luz de la luna,
hay que bebérselo con premura;
porque embriaga pero no dura...

Canción

... el dios de la Luna, el errante,
la totalidad del divino teatro de figuras representando
el cenit de la sabiduría humana.
No tengas miedo de ellos; están dentro de ti.

Libro Tibetano de los Muertos

La luna está en el agua.

Rig Veda

Quien es presa de terror, miedo y locura durante la noche es por-
que le está visitando la diosa de la luna.
No toques con hierro la parte del cuerpo que está regida por el
signo zodiacal que la luna está atravesando.

Hipócrates

Con tristeza te busco en el curso de los astros,
a ti, Selene, ya no te encuentro allí,
por los bosques te llamo, por las olas,
pero resuenan vacíos

F. Schiller

El loco por una acera
y yo a la par por la otra
bajo una luna grandota
cada cual con su quimera.
El hambre al loco exaspera
y en medio de su desvelo
me dice con desconsuelo
“malhaya un queso, poeta,
para comernos la arepa
que está allá arriba en el cielo.”

Antoine Morá

LA LUNA

Cuenta la historia que en aquel pasado
Tiempo en que sucedieron tantas cosas
Reales, imaginarias y dudosas,
Un hombre concibió el desmesurado

Proyecto de cifrar el universo
En un libro y con ímpetu infinito
Erigió el alto y arduo manuscrito
Y limó y declamó el último verso

Gracias iba a rendir a la fortuna
Cuando al alzar los ojos vio un bruñido
Disco en el aire y comprendió, aturdido,
Que se había olvidado de la luna.

La historia que he narrado aunque fingida,

Bien puede figurar el maleficio
De cuantos ejercemos el oficio
De cambiar en palabras nuestra vida.

Siempre se pierde lo esencial. En una
Ley de toda palabra sobre el numen.
No la sabrá eludir ese resumen
De mi largo comercio con la luna.

No sé dónde la vi por vez primera,
Si en el cielo anterior de la doctrina
Del griego o en la tarde que declina
Sobre el patio del pozo y de la higuera.

Según se sabe, esta mudable vida
Puede, entre tantas cosas, ser muy bella
Y hubo así alguna tarde en que con ella
Te miramos, oh luna compartida.

Más que las lunas de las noches puedo
Recordar las del verso: la hechizada
Dragon moon que da horror a la balada
Y la luna sangrienta de Quevedo.
De otra luna de sangre y de escarlata
Habló Juan en su libro de feroces
Prodigios y de júbilos atroces;
Otras más lunas hay de plata.

Pitágoras con sangre (narra una
Tradicción) escribía en un espejo
Y los hombres leían el reflejo
En aquel otro espejo que es la luna.

De hierro hay una selva donde mora
El alto lobo cuya extraña suerte
Es derribar la luna y darle muerte
Cuando enrojezca el mar la última aurora

(Esto el Norte profético lo sabe
Y también que ese día los abiertos
Mares del mundo infestará la nave
Que se hace con las uñas de los muertos).

Cuando, en Ginebra o Zürich, la fortuna
Quiso que yo también fuera poeta,
Me impuse, como todos, la secreta
Obligación de definir la luna.

Con una suerte de estudiosa pena
Agotaba modestas variaciones,
Bajo el vivo temor de que Lugones
Ya hubiera usado el ámbar o la arena.

De lejano marfil, de humo, de fría
Nieve fueron las lunas que alumbraron
Versos que ciertamente no lograron
El arduo honor de la tipografía.
Pensaba que el poeta es aquel hombre
Que, como el rojo Adán del Paraíso,
Impone a cada cosa su preciso
Y verdadero y no sabido nombre.

Ariosto me enseñó que en la dudosa
Luna moran los sueños, lo inasible,
El tiempo que se pierde, lo posible
O lo imposible, que es la misma cosa.

De la Diana triforme Apolodoro
Me dejó divisar la sombra mágica;
Hugo me dio una hoz que era de oro,
Y un irlandés, su negra luna trágica.

Y, mientras yo sondeaba aquella mina
De las lunas de la mitología,
Ahí estaba, a la vuelta de la esquina,

La luna celestial de cada día.

Sé que entre todas las palabras, una
Hay para recordarla o figurarla.
El secreto, a mi ver, está en usarla
Con humildad. Es la palabra luna.

Ya no me atrevo a macular su pura
Aparición como una imagen vana;
La veo indescifrable y cotidiana
Y más allá de mi literatura.

Sé que la luna o la palabra luna
Es una letra que fue creada para
La compleja escritura de esa rara
Cosa que somos, numerosa y una.
Es uno de los símbolos que al hombre
Da el hado o el azar para que un día
De exaltación gloriosa o de agonía
Pueda escribir su verdadero nombre.

Jorge Luis Borges

Bajo un mismo techo
durmieron las cortesanas
la luna y el trébol

Basho

Las calvas se juntaron en una luna.

V. Mayakovski

ODA A LA LUNA

Reloj del cielo,
mides

la eternidad celeste,
una hora
blanca,
un siglo
que resbala
en tu nieve
mientras tanto
la tierra
enmarañada,
húmeda,
calurosa:
los martillos
golpean,
arden
los altos hornos,
se estremece en su lámina
el petróleo,
el hombre busca, hambriento,
la materia,
se equivoca,
corrige
su estandarte,
se agrupan los hermanos,
caminan,
escuchan,
surgen
las ciudades,
en la altura
cantaron
las campanas,
las telas se tejieron,
saltó
la transparencia
a los cristales.

Mientras tanto
jazmín

o luz nevada,
luna,
clarísima,
alta
acción de platino
suave
muerta,
resbalas
por la noche
sin que sepamos
quiénes
son tus hombres,
si tienes
mariposas,
si en la mañana
vendes
pan de luna,
leche de estrella blanca,
si eres
de vidrio,
de corcho anaranjado,
si respiras,
si en tus praderas corren
serpientes biseladas,
quebradizas.
Queremos
acercarte,
miramos
hasta quedar ciegos
de tu implacable
blancura,
ajustamos
al monte el telescopio
y pegamos el ojo
hasta dormirnos:
no hablas,
no te desvistes

no enciendes
una sola fogata,
miras
hacia otro lado,
cuentas,
cuentas
el tiempo
de la noche,
tic
tac
suave
suave
tac
tic
tac
como gota en la nieve,
redondo
reloj de agua,
corola
del tiempo
sumergida
en el cielo.
No será, no será
siempre,
prometo
en nombre
de todos
los poetas
que te amaron
inútilmente:
abriremos
tu paz de piedra pálida,
entraremos
en tu luz subterránea,
se encenderá
fuego
en tus ojos muertos,

fecundaremos
tu estatura helada,
cosecharemos
trigo
y aves
en tu frente,
navegaremos
en tu océano blanco,
y marcarás
entonces
las horas
de los hombres
en la altura
del cielo:
serás
nuestra,
habrá en tu nieve
pétalos
de mujeres,
descubrimiento
de hombres
y no serás inútil
reloj
nocturno,
magnolia
del árbol de la noche,
sino sólo
legumbre
queso puro,
vaca celeste,
ubre
derramada,
manantial
de la leche ,
útil
como la espiga,
desbordante,

reinante
y necesaria.

Pablo Neruda

Mil años pasarán
y el duende de tu nombre
de luna en luna irá
aullando fuerte, ¡uoh, uoh, uoh!

Miguel Bosé

¿Qué consejo amoroso, de antiguo
plenilunio y gloria y estrellas...,
en el corazón la luna
encapuchada te puso, mi esquivo bien?
Sabio que no es sino pariente
y amigo del comediante capuchino

Mejor créeme a mi que soy
más sabio aunque no divino.
La gloria arde en esos ojos, y tiembla
a la luz de las estrellas. Mía, oh mía.
No haya para ti más bruma
o lágrimas a la luna, dulce romántica.

James Joyce

...que la luna llena brille
que se acabe la cuenta llena
que empiece el cuarto menguante
y que mengüe por las buenas.

Mario Benedetti

Luna que se quiebra
sobre la tiniebla
de mi soledad

¿Adónde vas?
Dime si esta noche
Tú te vas de ronda como ella se fue
¿Con quién estás?...

Canción

ROMANCE DE LA LUNA, LUNA

La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño la mira mira.
El niño la está mirando.
En el aire conmovido
mueve la luna sus brazos
y enseña, lúbrica y pura,
sus senos de duro estaño.
Huye luna, luna, luna.
Si vinieran los gitanos,
harían con tu corazón
collares y anillos blancos.
Niño, déjame que baile.
Cuando vengan los gitanos,
te encontrarán sobre el yunque
con los ojillos cerrados,
Huye luna, luna, luna,
que ya siento sus caballos.
Niño, déjame, no pises
mi blancor almidonado.
El jinete se acercaba
tocando el tambor del llano.
Dentro de la fragua, el niño
tiene los ojos cerrados.
Por el olivar venían,
bronce y sueño, los gitanos.
Las cabezas levantadas
y los ojos entornados.
¡Cómo canta la zumaya,

ay cómo canta el árbol!
Por el cielo va la luna
con un niño de la mano.
Dentro de la fragua lloran,
dando gritos los gitanos.
el aire la vela, vela,
el aire la está velando.

Federico García Lorca

Una jarra de vino entre las flores.
No hay ningún camarada para beber conmigo,
pero invito a la luna,
y, contando a mi sombra, somos tres...

Li Po

...la luna escucha detrás de la puerta,...

Cocteau

Luna, luna llena
luna llena, menguante

La luna me está mirando
yo no sé lo que me ve
yo tengo la ropa limpia ayer tarde la lavé...

Simón Díaz

... la luna domina el agua.

Kepler

Tú lo que estás es en la luna...

Anónimo

El Creador le dice a la Luna que existen dos regiones,
la de más acá y la de más allá,
y que la existencia de las dos luces
hace referencia a esta polaridad.
La Luna, puesto que le ha sido asignada la región más grande,
del más allá,
no está contenta con que el Sol irradie más luz que ella.
Entonces dijo el Señor: lo veo bien claro.
Tú piensas que te haré a ti más grande y al Sol lo empequeñeceré.
Pero, puesto que tú tienes malas intenciones con respecto al Sol, tú
te harás más pequeña
y tu luz será sesenta veces menor que la suya.
Entonces habló la Luna ante el Señor:
¡Oh Señor del Mundo! Sólo fue una palabra lo que dije,
¿y por ello he de ser castigada tan severamente?
Habló entonces el Señor: Algún día volverás a ser tan grande como
el Sol y la luz de la Luna será como la luz del Sol.

Leyenda de los judíos

Deja que salga la luna
deja que se meta el sol
deja que caiga la noche
pa´que empiece nuestro amor...

Canción

La luna es la morada de los hombres buenos
después de su muerte.
Llevan allí una vida que no es divina, ni bienaventurada, pero sin
embargo exenta de preocupación hasta su segunda muerte.
Pues el hombre debe morir dos veces.

Plutarco

Eso es ladrar a la luna

Anónimo

Esta luna no ha cuajado todavía y hasta que no cambie ese brillo que tiene, hasta que no sintamos lo caliente, no armaremos el horno. Si mañana estamos aquí y la luna seca las espinas de los palos quemaremos la loza.

Las loceras larenses

El que sueña con la Luna o la ve de golpe, cuando aparece del lado Oeste, es que se va a casar con una joven muy rica.

Interpretación de los sueños en guajiro

Contigo aprendí
a ver la luz del otro lado
de la luna...

Canción

Una muchacha fue requerida en plena noche por un joven misterioso. A la mañana siguiente, la muchacha quiso conocer a su amante, pero éste habíase ya fugado.

Para la noche siguiente, pintó la muchacha sus senos con onoto, esperando que al día siguiente reconocería al joven por las manchas rojas en la cara.

Pero el joven quitóse las manchas de onoto con el aceite de la palma de seje, y la muchacha no pudo dar con él. Ésta volvió a pintar sus senos con una pintura mas fuerte e imborrable, la pintura negra del “matapalo”...

¡Terrible sorpresa! A la mañana siguiente vio las manchas negras en la cara de su propio hermano. Por miedo al castigo espantoso que a esto seguiría, el incestuoso hermano huyó hasta los confines de la tierra, en donde se transformó en la Luna.

Las manchas negras de su cara pueden aún hoy día verse en la luna en sus períodos de crecimiento y mengua. Y si esas manchas se hacen rosadas en cada fase, es porque ellas obligan a la mujer en su fase de menstruación.

Mito Yabarana

La luna es una mujer
y por eso el sol de España
anda que bebe los vientos por si la luna lo engaña...
luna, luna de España,
cascabelera,
luna de ojos azules cara morena...

Canción

Durante años, los políticos han prometido la luna,
y yo soy el primero capaz de entregarla.

Richard Nixon

Por senda oscura va el Amor,
la luna es quien le ve:
cerró la noche y se ornó
de extraña luz también

Novalis

La luna está siempre tan pálida
porque hace exclusivamente vida de noche.

Anónimo

Dos maravedís de luna
alumbran a la tierra;
que, por ser yo el que nacía,
no quiso que un cuarto fuera.

Francisco de Quevedo

Espejo del Tiempo

Metáfora persa

Quien ha estado en la Luna ya
no tiene metas en la Tierra.

Edwin Aldrin

LUNA

Cansado estoy de ladrarte luna
cansado estoy de mirarme en ti
si voy si vengo siempre me juzgas
decides siempre por ti y por mi
suelta las riendas por favor
que apenas puedo ser quien soy.

Luna llena
invisibles son los hilos
que manejas
luna llena
siempre envuelta en un
halo de lunática tristeza.

No es que prefiera soñar a oscuras
ni acariciarla sin verla bien
pero disculpa que tenga dudas
si solamente serás voyeur
suelta las riendas por favor
que apenas puedo ser quien soy.

Víctor Manuel San José

Luna lunera, cascabelera
ve y dile a mi amorcito
por Dios que me quiera...

Canción

Eva . - Anoche la luna se aflojó y resbaló y se desprendió del conjunto, lo cual constituye una gran pérdida; me destroza el corazón pensarlo. Ni uno solo de los demás ornamentos es comparable a la luna en belleza y acabado.

Debieron engancharla mejor. Si pudiéramos recobrarla... Pero, naturalmente, es imposible saber adónde ha ido a parar. Y, por lo demás, quienquiera que la capture la ocultará; lo sé, porque yo misma lo haría. Creo que sería honrada en todos los demás terrenos, pero comienzo ya a advertir que el núcleo y centro de mi temperamento es el amor por la belleza, la pasión por lo bello, y que sería un error confiarme una luna ajena y cuyo dueño no supiese que yo la tenía. Yo devolvería una luna hallada a la luz del día, por temor a que alguien estuviese mirando; pero si la encontrara en la oscuridad, se me ocurriría, sin duda, alguna excusa para callarlo. Porque amo las lunas. Son tan hermosas y románticas... Ojalá tuviésemos cinco o seis.

Yo no me iría a la cama jamás. No me cansaría de permanecer tendida sobre el musgo y de mirarlas.

Mark Twain

Aquella noche, cuando el tiempo se desprendió de nuestros cuerpos como frágil burbuja, encontré en la luz de tus ojos moros el encanto de la luna.

Delá

LUNA

Sobre el disco de La Rotunda,
negro y lleno de presos,
ha venido a pararse
el disco de la Luna.

Anverso de luz
reverso de noche
y un carcelero tahúr,
frente a frente con la Esperanza,
nos juega a cara o cruz.

Andrés Eloy Blanco

Luna, ruégale que vuelva,
y dile que la quiero
y que solo la espero a la orilla del mar...

Canción

A la Luna, cuando se aleja del Sol, la vemos más
luminosa y brillante, pero desaparece y se oculta,
cuando se encuentra cerca de él. En cambio,
conviene que, al contrario, la mujer sensata,
sea vista, sobre todo, en compañía de su esposo,
pero que guarde la cara y se oculte
cuando esté él ausente

Plutarco

Es debido al claro de luna
y a Saturno inclinando su urna
y a esas lunas una tras otra,
que me pongo en esta máscara nocturna.

Verlaine

MIRA HACIA ABAJO, LUNA HERMOSA

Mira hacia abajo, luna hermosa y baña esta escena.
Vierte con ternura los torrentes del nimbo de la noche sobre los
rostros lúgubres, inflamados, purpurinos.

Sobre los cadáveres que yacen de espaldas con los brazos muy
abiertos vierte tu largueza nimbada, luna sacra.

Walt Whitman

Me ha dicho la luna
que si no la miras
contigo se enfada...

Canción

TRISTEZAS DE LA LUNA

Esta noche, la luna sueña con más pereza;
igual que una bella, encima de numerosos almohadones,
que con mano distraída y ligera acaricia
antes de dormirse el contorno de sus pechos.

Sobre la espalda satinada de ablandados aludes,
agonizante, se libra a largos desmayos,
y pasea sus ojos por las visiones blancas
que suben en el azul como floraciones.

Cuando alguna vez sobre este globo, en su languidez ociosa,
deja hilar una lágrima furtiva,
un poeta piadoso, enemigo del sueño,
en el hueco de su mano toma esa lágrima furtiva,
de reflejos irisados como un fragmento de ópalo,
y la mete en su corazón lejos de los ojos del sol.

Baudelaire

La luna venezolana
Se fue de ronda con un gitano
Y por eso yo quiero cantarle
A mi luna...

Canción

CUIDADO CON CANTARLE A LA LUNA

Como ustedes sabrán, esta quincena
tenemos luna llena.
Muchas plumas de antaño –y la mía era una–
solía inspirarse en esta luna
para cantar en versos, siempre sentimentales,
la infantil inocencia de los tiempos pascuales.
Algunos la llamaban la Luna del Pastor,
otros Rosa del Cielo, y hubo más de un cantor
que utilizando un tropo más feo que el carrizo,
la comparó por pálida con un queso enfermizo.

Pero el mundo ha cambiado y hoy día –por fortuna–
no hay quien se atreva a hacerle poemas a la luna.
Nadie se atreve a hacerle ni siquiera un artículo,
por temor a que luego lo pongan en ridículo.

Imagínense ustedes que un poeta esta noche
haciéndole a la luna un canto se trasnoche;
un canto en que la llame barcaza de azucenas,
balcón de los ensueños, consuelo de sus penas...

¿Cómo queda ese bardo cuando sepa mañana
que esa luna, esa luna que él trató hasta de hermana;
aquel barco de ensueños del que él salió al encuentro
no era sino un cohete con un perro por dentro?

Aquiles Nazoa

Yo quiero luz de luna
para mi noche triste
para pensar divina
la ilusión que me trajiste.

Para sentirte mía,
mía tú como ninguna

pues desde que te fuiste
no he tenido luz de luna...

Canción

LAS DOS LUNAS

En el momento de entrar la noche, la luna menguante aparece a media altura, como una pupila que va pasando sobre la campiña y quedara llena de estupor. En la alta mies, de súbito, surge un labriego que lleva al hombro una guadaña. Se mira en ella la luna, y el hierro de la guadaña parece convertirse en una luna tan verdadera como la de arriba. Es un momento de emulación y equívoco: ambas lunas refulgen caminando en sentido inverso. Pero el tren corre y deja ambas a un lado, sin que sepamos, en efecto, cual es la original.

José Ortega y Gasset

Ayer que regresé a mi pueblo,
alguien me dijo que ya te casaste,
mírame y dime si ya me olvidaste,
me marcharé con los ojos aguados.

Después le pregunté a la luna,
me dio la espalda e intentó ocultarse,
hasta la luna sabe que me amaste,
hasta la luna sabe que aún me amas...

Canción

Luna quiere ser madre
y no encuentras querer
que te haga mujer...

Canción

Quién me va a curar el corazón partío
quién llenará de primaveras este enero
y bajará la luna para que juguemos...

Canción

Tan sólo dime que me amas
y dejaré de aullarle a la luna.

Canción

No aprietes tanto,
soy un lobo hambriento
y la luna suelta el llanto.

Canción

LUNAS ROTAS

Te doy lo que soy y lo que tengo.
Un jardín en flor en pleno invierno,
unas manos vacías si no están en tu cuerpo,
una boca sombría sin la tuya y la mía sumergida en besos.
Pero no me pidas que te dé la luna,
porque no la tengo cuando estoy a oscuras.
Quitársela al cielo no tiene perdón,
y no te amo menos si te digo no, no.
No te doy la luna llena, porque ella es
la eterna rosa que regalan los amantes
con el aire de la boca.
Y si el amor se nos rompe,
porque el amor se equivoca,
el mundo amanecería repleto de lunas rotas...

Rosana

LUNA

Mamífero metálico. Nocturno.
Se le ve
el rostro comido por un acné.
Sputniks y sonetos.

Nicolás Guillén

TOMA LA LUNA

Toma la luna
Quédatala
se guarda en un bolsillo.
Gástala pronto
que luego se va
y ya no tiene brillo.
Tú me has pedido la luna y O. K.
yo te la traigo de plata de ley
yo cumplo
lo que prometo.
Toma mis cosas
y quédatalas
sin ti no valen nada
ven a mi casa
tal como estás
con esta luna tatuada.
Tú me has pedido la luna prestada
yo te la traigo aquí secuestrada
yo cumplo
lo que prometo.
Tú más yo, la música
yo más tú, amor intenso
eres mía, fantástica
no te separes de mí
tú soñarás junto a mí
un sueño erótico... uouhou.

Toma la luna
póntela
en tu melena
no morirá
la luna
es tu mejor pegatina.
Habla con ella
tranquilamente
cuéntale todo lo que sientes por mí
pequeña
entenderás lo que sueñas...
un sueño erótico
un sueño erótico.
Toma la luna
guarda la luna
y tú estarás conmigo
baila vestida
y baila desnuda
y yo estaré contigo.
Porque te quiero
uouhouo
yo te deseo...

Eros Ramazzotti

El sol, la luna, el mar,
los hombres y mujeres, todos
ellos criaturas del impulso,
son poéticos.

Keats

Salía la luna llena y ellas
en torno al altar en pie quedaron.
Las Pléyades ya se esconden,
la luna también, y media
la noche, las horas pasan,

y voy a acostarme sola.
Como la luna, cuando muere el sol y oscurece el ardor de las
estrellas, baña con su luz los prados verdecidos y reluce
el agua sobre el mar.

Safo

El hierro bruñado de la luna
te matará y la pata rígida
de un ave gigante
a la que tú
confiaste tu duelo
en el invierno.

Thomas Bernhard

La luna, cual una flor,
en lo alto de los cielos mora;
con silencioso deleite,
se instala y sonrío en la noche.

William Blake

—un instante antes dorado, ahora luna—

Vladimir Nabokov

La Luna no quiere que la toquen,
pero la Luna nos toca a todos.
No se toca, no, no, no,
que no se toca, no, no, no...

Canción

La mutabilidad de la luna trasciende a nosotros
y es el límite de la permanencia.

Baltasar Gracián

Para marcar el tiempo hizo la luna
y el sol que sabe de su ocaso

Salmo 104 (103), 19

LUNA

Luna tú

Cuántos son los cantos que escuchaste ya
Cuántas las palabras dichas para ti
Que han surcado el cielo
Sólo por gozar una noche el puerto de tu soledad
Los amantes se refugian en tu luz
Sumas los suspiros desde tu balcón
Y enredas los hilos de nuestra pasión
Luna que me miras ahora escúchame

Luna tú

Sabes el secreto de la eternidad
Y el misterio que hay detrás de la verdad
Guíame que a ti mi corazón te oye

Me siento perdido y no sé, no sé
Que hay amores en nuestros corazones
Como de fuego que todo lo puede abrasar

Luna tú

Alumbrando el cielo y su inmensidad
En tu cara oculta qué misterio habrá
Todos escondemos siempre algún perfil
Somos corazones bajo el temporal
Ángeles de barro que deshace el mar
Sueños del otoño desvanecerán
Hijos de esta tierra envuelta por gurús
Hijos que en la noche vuelven a jugar

Que hay amores que destruyen corazones

Como de fuego que todo lo puede abrasar
Que hay amores

Dueños de nuestras pasiones
Que es la fuerza que al mundo siempre hará girar
Canción

Esa luna que amanece
alumbrando pueblos tristes...
Otilio Galíndez

Mientras siga viendo tu cara
en la cara de la luna
mientras siga escuchando tu voz
entre las olas entre la espuma...
Canción

La Hora se acerca y la luna se ha
partido en dos
Corán

¡Feliz Luna de Miel!

CUARTA PARTE

NOVILUNIO

LUNA Y ARTE



Armando Reverón.
Nocturno con Luna.
Óleo sobre tela.
0,59 x 0,47



Cristófol.

Noche de Luna.

1935.

Madera, altura: 70 cm.

Colección del artista.



Miró.

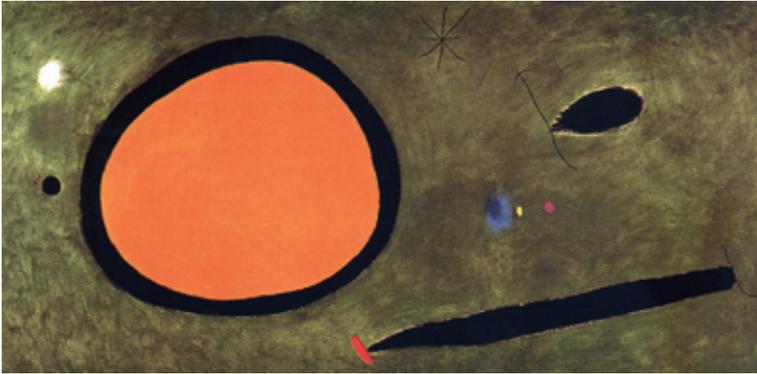
Labriego catalán en claro de luna.

26.3.1968.

Paysan catalan au clair de la lune.

Acrílico sobre tela, 162 x 130 cm.

Barcelona, Fundació Joan Miró.



Miró.

Vuelo de pájaro y claro de luna.

3.10.1967.

Vol d' oiseau au claire de la lune.

Òleo sobre tela, 130 x 260 cm.

Colección particular.



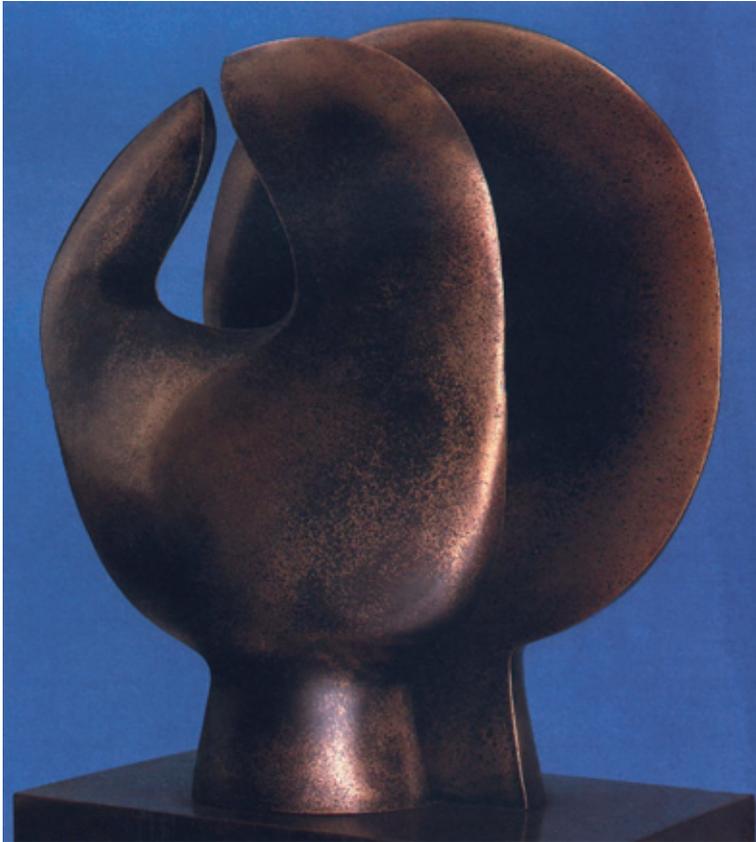
Miró.

Perro ladrando a la luna.

1926.

Chien aboyant à la lune.

Filadelfia, Philadelphia Museum of Art.



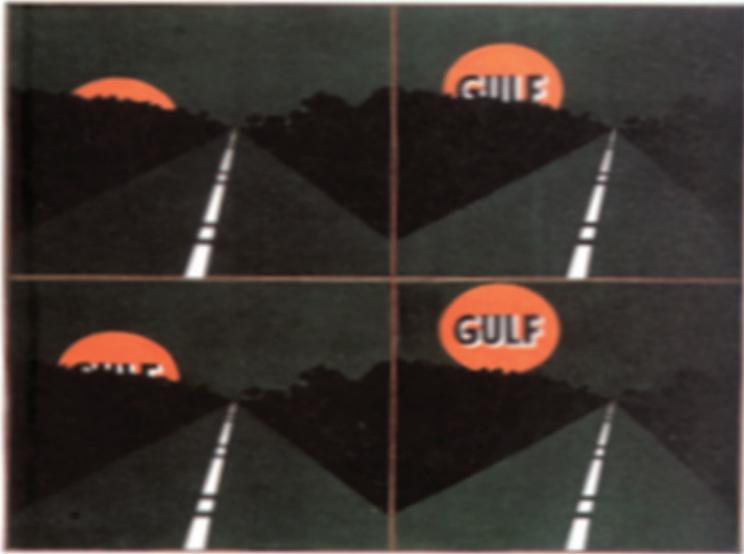
Henry Moore.

Cabeza lunar.

1964.

Bronze 57,8 x 44,1 x 25 cm.

Tate Gallery, Londres.



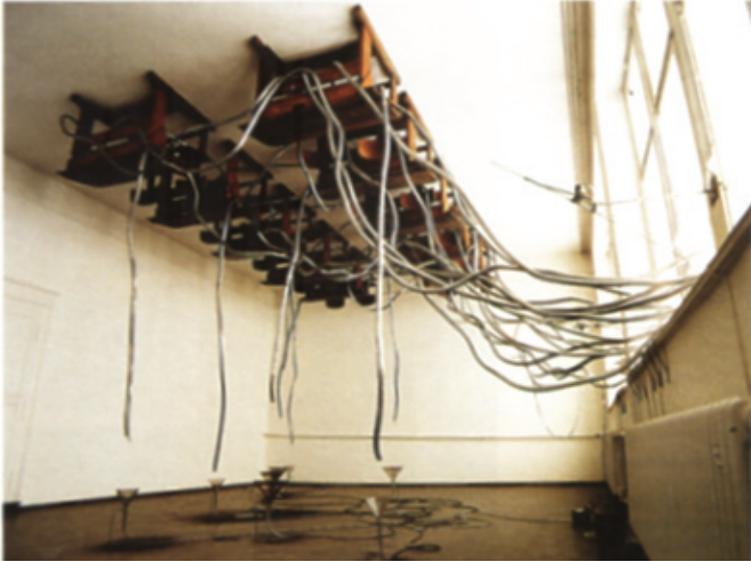
Allan d'Arcangelo.

Luna llena.

1963.

Óleo sobre tela, 162,6 x 155 cm.

Colorado (TX), Colección Kimiko and John Powers.



Rebecca Horn.

La Luna, el niño, el río de anarquía.

1991.

Instalación; varios materiales.

Kassel, Documenta IX (1992).



Vasili Kandisky.

Noche de luna.

1907.

Grabado en madera acquarelada, 20,8 x 18,6 cm.

Gallería Tretiakov, Moscú.



Wols.

Al claro de luna.

Detalle, guache, 0,15 x 0,24 m.

Roma, Galleria La Medusa.

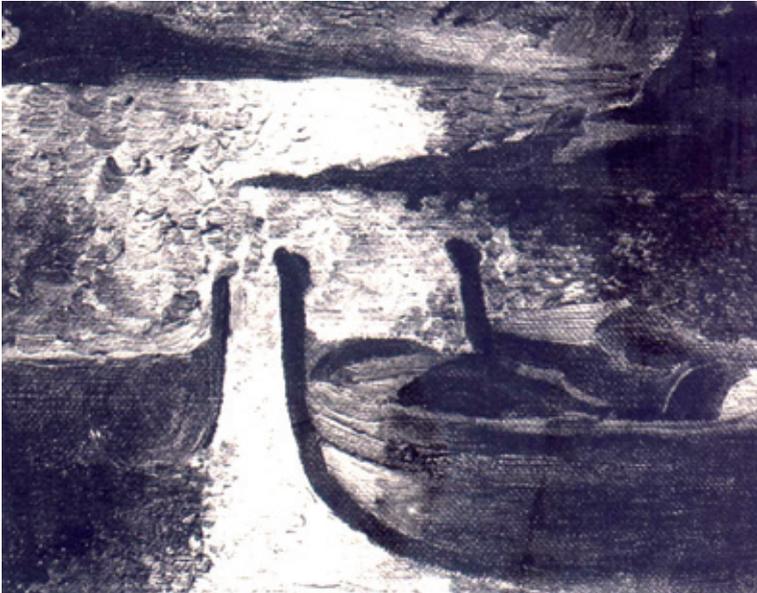


Dalí.

Claro de luna sobre la bahía de Cadaqués.

Hacia 1920.

Clair de lune sur la baie de Cadaqués.



Dalí.
Claro de luna en Llané - Petit.
1921.
Clair de lune à El Llané-Petit.



Dalí.
Naturaleza muerta al claro de luna.
1927.
Nature morte au clair de lune.



Dalí.
Claro de luna.
Hacia 1928.
Claire de lune.



Anne-Louis Girardet-Trioson.

El sueño de Endimión.

1793.

Paris, Louvre.



Ernst Ludwig Kirchner.
Pastizal alpino a la luz de la luna.
1919.
Staffelalp bei Mondschein.
Óleo sobre lienzo, 138 x 200 cm.
Dortmund Museum am Ostwall.



Byars.

Libros- luna (Fases de la Luna).

1989.

Mesa de madera pintada con pan de oro
con 16 piezas de mármol blanco de Kavala.

Díámetro: 5 m.

Doc. Galería de France, París.



Magritte.

Los Misterios del horizonte.

1955.

Óleo sobre lienzo.

Colección particular.



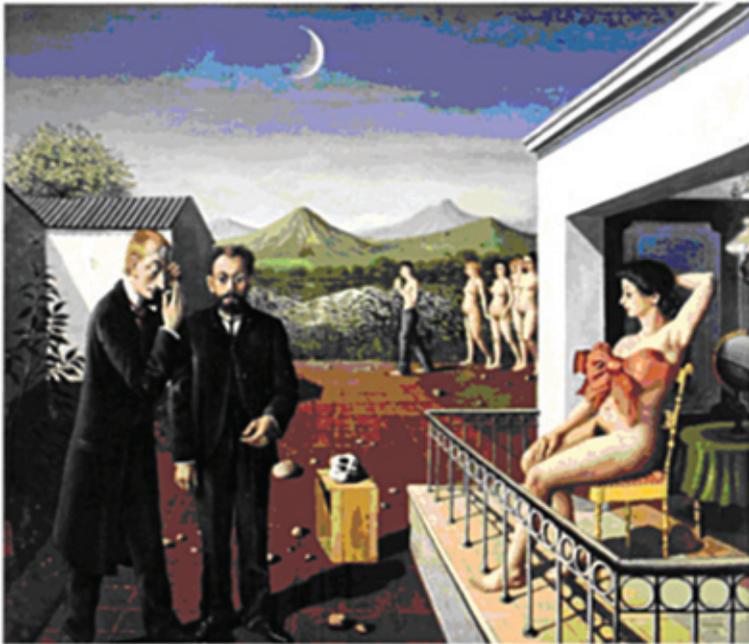
Léon Spilliaert.

Claro de luna y luces.

Hacia 1909.

Tinta china y pastel, 65 x 50 cm.

Musèe d' Orsay, París.



Paul Delvaux.

Las fases de la luna.

1939.

Óleo sobre tela, 139,7 x 160 cm.

New York, The Museum of Modern Art.



Lorena Parada.

El poder y la magia de la Luna.

2003.

Acrílico sobre lienzo, 80 x 60 cm.

Colección particular.



Alirio Rodríguez.
Mujer y luna.
s/f.

- Bayer, Raymond. (1993). Historia de la estética. México: FCE.
- Bécquer, Gustavo Adolfo. (1980). Rimas y leyendas. Barcelona: Bruguera.
- Bravo, Víctor. (1987). Los poderes de la ficción. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Cabala. (2000). La revista del tercer milenio. Caracas, n° 332, Cadena Capriles.
- Carutti, Eugenio. (1997). Las Lunas. Argentina: Editorial Casa XI.
- Cassanya, Vicente. (1992). El poder secreto de la Luna. Madrid: Ediciones Tema de Hoy.
- Chevalier, J. y Gheerbrant, Alain. (1991). Diccionario de los símbolos. Barcelona: Editorial
- Herder. Ediciones en Lenguas Extranjeras. (1989). Los monos salvan a la Luna. Beijing, China.
- Eliade, Mircea. (1974). Tratado de historia de las religiones. (Tomos I, II). Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Ferraté, Juan. (1968). Líricos Griegos Arcaicos. Barcelona: Editorial Seix Barral.
- García Bacca, David. (1974). Estudio preliminar en La Ilíada. U.S.A., Grolier-Jackson.
- Goethe, Johan W. (1991). Obras Completas (Tomos I, II, III, IV). México: Aguilar.
- Grupo Anaya. (1995). Aullando a la Luna. España: Anaya y Mario M. Editores.
- Graves, Robert. (1989). Los mitos griegos (Tomos I, II). Madrid: Alianza Editorial. (Tomos I, II). (1996). La diosa blanca. Madrid: Alianza Editorial.
- Gray, Miranda. (1994). Luna Roja. Madrid: Gaia Ediciones.
- Grimal, Pierre. (1991). Diccionario de Mitología Griega y Romana. Barcelona: Editorial Paidós.
- Hegel, G. W. F. (1991). Estética. Barcelona: Editorial 62
- Heidegger, M. (1987). Del camino al habla. Barcelona: Serbal
- Hernández, Miguel. (1984). Poemas de adolescencia. Perito en Lunas. Otros poemas. Buenos Aires: Editorial Losada.

- Katzeff, Paul. (1990). El poder mágico de la Luna. Barcelona: Ediciones Martínez Roca.
- García Lorca, Federico. (1955). Obras Completas. Madrid: Aguilar.
- Leonard, George H. (1982). En la Luna hay alguien más. México: Editorial Diana.
- Lúkacs, J. (1975). Sobre la esencia y forma del ensayo. En El alma y las formas y La teoría de la novela. Obras Completas (Vol. D). Barcelona: Ediciones Grijalbo.
- Marías, Javier. (1992). Vidas Escritas, Madrid: Ediciones Siruela.
- Montaigne. (1984). Ensayos. Colección Historia del Pensamiento, Ensayos completos, Tomos I, II, III. España: Ediciones Orbis, S. A.
- Novalis. (1995). Himnos a la noche. Cánticos espirituales. Valencia: Pre-Textos, Poesía.
- Ortega y Gasset, J. (1963). Obras completas. Madrid: Revista de Occidente.
- Ovidio. (1972). Las metamorfosis. Barcelona: Bruguera, Editores.
- Paracelso. (1992). Obras completas. Sevilla: Editorial Renacimiento.
- Paungger, Johanna y Poppe Thomas. (1993). La influencia de la Luna. Barcelona: Ediciones Martínez Roca.
- Picón Salas, Mariano. (1990). Viejos y nuevos mundos. Caracas: Biblioteca Ayacucho, N° 101. Selección y prólogo de Guillermo Sucre.
- Poesía China: del siglo XXII a. C. a las canciones de la Revolución Cultural. Madrid: Alianza Editorial. (1973).
- Rainer, M-I, Walter. (1996). Van Gogh. Italia: Taschen.
- Safo. (1998). Poesía. Madrid: Mondadori.
- Sosa Osorio, Carlos. (1994). Dichosa edad y siglo dichoso aquél. Caracas, Editorial Planeta.
- Verlaine. (1994). Poesía completa. Barcelona: Ediciones 29, Bilingüe.
- Virgilio. (1968). La Eneida. Bucólicas y geórgicas. Barcelona: Editorial Iberia.
- Whitman. (1994). Poesía completa. Barcelona: Ediciones 29, Bilingüe.

Armando Reverón

- Báez Finol, L. J. A. y otros. (1981). Armando Reverón. Caracas: Publicaciones de la Galería de Arte Nacional.
- Balza, José y Calzadilla, Juan. (1979). Armando Reverón. Catálogo. Caracas: Galería de Arte Nacional.
- Boulton, Alfredo. (1966). La obra de Armando Reverón. Caracas: Ediciones de la Fundación Neumann.
- Calzadilla, Juan. (1990). Voces y demonios de Armando Reverón. Caracas: Alfadil Ediciones. (1991). Armando Reverón. Caracas: Armitano Editores.
- Pérez Oramas, Luis. (1989). Reverón. De los prodigios de la luz a los trabajos del arte. Caracas: Museo de Arte Contemporáneo Sofía Imber.

Marilyn Monroe

- Caill, Marie. (1993). Marilyn. Madrid: Bison Book y Libsa Ediciones, Colección Estrellas, Mitos y Leyendas.
- Cardenal, Ernesto. (1978). Oración por Marilyn Monroe. En Nueva Antología Poética. México: Siglo XXI Editores.
- Conway, Michael y Ricci, Mark. (1993). Todas las películas de Marilyn Monroe. España, Odin Ediciones S.A.
- Gasca, Luis. (1994). Marilyn Monroe. La diosa del sexo. Valencia, España: Editorial La Máscara, Biografías Cine.
- Lembourn, Hans Jorgen. (1979). 40 días con Marilyn. Barcelona: Editorial Bruquera, S.A.
- Mailer, Norman. (1974). Marilyn. Canadá: Grosset & Dunlap INC.
- McCann, G. (1992). Marilyn Monroe. El cuerpo del delito. Madrid: Espasa Calpe, Biografías Espasa.
- Meneses, Guillermo. (1982). Marilyn Monroe. En El arte, la razón y otras menudencias. Caracas: Monte Ávila Editores.

Frida Kahlo

- Kahlo, Frida. (1977). El diario de Frida Kahlo. Bogotá: Editorial Norma.
- Herrera, Hayden. (1993). Frida. Una biografía de Frida Kahlo. México: Editorial Diana.(1994). Frida Kahlo. Las Pinturas. México: Editorial Diana.
- Kettenman, Andrea. (1992). Frida Kahlo. Dolor y pasión. Germany, Colonia: Benedikt. Taschen.

Jesús

- Círculo de Lectores. (1975). La Biblia. Antiguo y Nuevo Testamento. Madrid.
- Fr. Luis de Granada. (1997). Vida de Jesucristo. Venezuela: Eduven.

Truman Capote

- Capote, Truman. (1972). El invitado del Día de Acción de Gracias, Barcelona: Editorial Lumen, Palabra Menor.
- ———. (1975). Retratos. Barcelona: Editorial Anagrama, Distribuye Gussi.
- ———. (1977). Plegarias atendidas, la novela inacabada. New York: Random House, Inc.
- ———. (1980). A sangre fría. Barcelona: Editorial Bruguera, Club. Bruguera, S.A.
- ———. (1984). Desayuno en Tiffany's. Bogotá: Editorial Oveja Negra, n° 42.
- ———. (1988). Música para camaleones. Santafé de Bogotá: Arango Editores Ltda.
- ———. (1991). Color local. Santafé de Bogotá: Grupo Editorial Norma, Col. Cara y Cruz.
- ———. (1991). Plegarias atendidas. México: Grupo Editorial Diana.
- William, Styron. (s/f). Adiós a Truman Capote. En Quimera, Barcelona: n° 44.

Paquirri

- Rappel. (1994). Mis vírgenes favoritas. Madrid: Ediciones Temas de Hoy.

- Revista !Qué Tal! (1991). Siete años sin Paquirri. Madrid: Editora Gladys Aguilar, Año 1, nº 13.
- Sig Lonegren. (1993). El poder mágico de los laberintos. Santafé de Bogotá: Ediciones Martínez Roca.

Lewis Carroll

- Carroll, Lewis. (1972). The Annotated Alice. Alice's Adventures in Wonderland and Through the Looking-Glass, Great Britain: Fletcher & Son Ltd., Norwich, Penguin Books.
- ————. (1976). Silvia y Bruno (Tomos I y II). Madrid: Ediciones Felmar.
- ————. (1978). Alicia en el país de las maravillas, Madrid: Alianza Editorial.
- ————. (1978). Alicia a través del espejo. Madrid: Alianza Editorial.
- ————. (1979). El paraguas de la rectoría. Cajón de sastre. Barcelona: Ediciones Del Cotal S.A.
- ————. (1983). Niñas. (4ª ed.) Barcelona: Edición Lumen.
- ————. (1988). Alicia en el país de las maravillas. Caracas: Editorial Panapo, Colección Juvenil Panapo.
- Monge, Paco. (1980). Lewis Carroll. Extravagante agrimensor del sentido. En Quimera, Nos. 103-104, Barcelona: Montesinos Editor, S. A.
- Willians, John M. and Turner, Shaylor. (1966). Very first. Piano Book. Boston, Mass: The Boston Music Co.

Salvador Dalí

- Dalí, Salvador. (1944). La vida secreta de Salvador Dalí. Buenos Aires.
- ————. (1978). Babauou. Barcelona: Editorial Labor, S.A.
- ————. (1996). Diario de un genio. Barcelona: Tusquets Editores.
- Descharnes, Robert y Néret, Gilles. (1992). Salvador Dalí. Germany: Taschen.
- ————. (1993). Salvador Dalí. La obra pictórica. (Tomos I y II). Germany, Colonia: Benedikt. Taschen.
- Lear, Amanda. (1994). La persistencia de la memoria, una biografía personal de Salvador Dalí. México: Editorial Diana.

- Orbis. (1989). Dalí. Entender la pintura. Tomo 9. Barcelona: Fabbri, S. A.
- Ramón Gómez de la Serna. (1989). Dalí. Barcelona: Espasa - Calpe, S. A.
- Sánchez Vidal, Agustín. (1994). Dalí. Madrid: Alianza Editorial.
- Tovar, F. Gil. (1988). Introducción al arte. Bogotá: Plaza y Janés.

Jorge Luis Borges

- Borges, Jorge L. (1989). Obras completas (Tomos I, II, III y IV). Barcelona: Emecé Editores.

Baudelaire

- Baudelaire. (1977). Obra poética completa. Barcelona: Ediciones 29. Bilingüe.

Yukio Mishima

- Del Rey Fajardo, José y otros. (1988). La mujer del abanico. En El trabajo científico. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira.
- Mishima, Yukio. (1969). Muerte en el estío y otros cuentos. Caracas: Monte Ávila Editores, .C. A.
- ———. (1985). El Mar de la Felicidad. El Templo del Alba. Barcelona: Luis De Caralt Editor, S.A. Colección Gigante.
- ———. (s/f). Sed de amor. Barcelona: Luis De Caralt Editor, S.A.
- ———. (s/f). Caballos desbocados. Barcelona: Luis De Caralt Editor, S.A.
- ———. (s/f). La corrupción de un ángel. Barcelona: Luis De Caralt Editor, S.A.
- ———. (1989). Patriotismo. En Opción, La Habana: Editorial Arte y Literatura, n° 1.
- ———. (1992). El Pabellón de Oro. Barcelona: Seix Barral, Colección Biblioteca Breve.
- ———. (1993). Música. Bogotá: Editorial Planeta
- Nathan, John. (1985). Mishima. Biografía. Barcelona: Seix Barral.
- Stokes, Henry Scott. (1985). Vida y muerte de Yukio Mishima. Barcelona: Muchnik.

- Vallejo - Nagera, Juan Antonio. (1991). *Mishima o el placer de morir*. Barcelona: Planeta. Colección Documento.
- Wilson, Colin. (1991). *Los inadaptados*. Santafé de Bogotá: Planeta.
- Yourcenar, Margarite. (1988). *Mishima o la visión del vacío*. Barcelona: Editorial Seix Barral, Biblioteca de Bolsillo.

Homero

- Homero. (1927). *Obras completas*. Barcelona: Montaner y Simón, Editores.
- (1960). *Ilíada - Odisea*. Barcelona: Vergara Editorial Clásicos Vergara, S.A.
- Mireaux, Emile. (1962). *La vida cotidiana en los tiempos de Homero*. Buenos Aires: Librería Hachette S. A.
- Thielen, Guillermo. (1969). *Homero y su Ilíada*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- ————. (1978). *La risa homérica*. Mérida: Universidad de los Andes, Ediciones del Rectorado.

Ernest Hemingway

- Hemingway, Ernest. (1973). *El viejo y el mar*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- ————. (1977). *Muerte en la tarde*. Barcelona: Editorial Planeta.
- ————. (1980). *El viejo y el mar*. Barcelona: Editorial Planeta.
- ————. (1983). *Por quién doblan las campanas*. México: Editores Mexicanos Unidos.
- ————. (1988). *Fiesta*. Barcelona: Editorial Planeta.

Hölderlin

- Heidegger, Martin. (1969). *Hölderlin y la esencia de la poesía*. Mérida: Talleres Gráficos Universitarios, Universidad de Los Andes. Traducción y Comentarios Juan David García Bacca.
- Hölderlin. (1977). *Poesía completa*. Barcelona: Ediciones 29 Bilingüe
- ————. (1989). *Hiperión*. Madrid: Ediciones Hiperión.

- ————. (1990). *Correspondencia completa*. Madrid: Ediciones Hiperión.
- Zweig, Stefan. (1947). Hölderlin. En *La Lucha con el Demonio*. Argentina: Editorial TOR.

Simonetta Cattaneo Vespucci

- Arciniegas, Germán. (1990). *El mundo de la bella Simonnetta*. Santafé de Bogotá: Planeta.
- Berti, Luciano. (1972). Botticelli. En *Historia del Arte (Tomo V)*. Barcelona: Salvat Editores, S.A.
- Castelfranco, Giorgio. (1972). Donatello. En *Historia del Arte*. Barcelona: Salvat Editores, Tomo V.
- Orbi. (1989). *Entender la pintura: Botticelli (Tomo V)*. Barcelona: Ediciones Orbi, S.A.
- Rosci, Marco. (1972). Leonardo da Vinci. (Tomo V). En *Historia del Arte*, Barcelona: Salvat Editores. Tomo V.

ÍNDICE

Pórtico lunar	13
---------------	----

PRIMERA PARTE

Creciente	17
-----------	----

I. La poética de la luna	19
--------------------------	----

SEGUNDA PARTE

Plenilunio	33
------------	----

I. Armando Reverón	37
II. Marilyn Monroe	42
III. Frida Kahlo	45
IV. Jesús	50
V. Truman Capote	52
VI. Paquirri	55
VII. Lewis Carroll	58
VIII. Salvador Dalí	61
IX. Jorge Luis Borges	67
X. Baudelaire	72
XI. Yukio Mishima	74
XII. Homero	77
XIII. Ernest Hemingway	83
XIV. Hölderlin	86
XV. Simonetta Cattaneo Vespucci	88

TERCERA PARTE

Menguante 91

I. Voces lunáticas 95

CUARTA PARTE

Novilunio 131

I. Luna y Arte 133

Fuentes lunares 155

TÍTULOS

de esta colección

Ser felices por siempre

Ricardo Gil Otaiza

Venezuela destino incierto.

Para comprender lo que pasa hoy en Venezuela

José Mendoza Angulo

Newton

Héctor Rago (Compilador)

Tres arquitectos, tres propuestas

Leonardo Arellano Spinnetti

Transposiciones

Leonardo Arellano Spinnetti

Equis. Ensayo ficticio

Pedro Rangel Mora

Venezuela 2006. La Encrucijada

José Mendoza Angulo

Arte y ciencia

José Iraides Belandria

Ensayos en estética contemporánea

Pedro Alzuru

